

La Ilustración Artística

AÑO XXVIII

BARCELONA 8 DE NOVIEMBRE DE 1909

NÚM. 1.454



DÍA DE MERCADO, cuadro de Juan Baixas. (Salón París.)

SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *Una caña*, por José M. Folch y Torres. — *Camilo Corot, pintor de mujeres*. — Berlín. Monumento á Mommsen. — *De aviación*. — *La campaña de Melilla*. — *El príncipe Ito*. — *Boulogne-sur-Mer. Habitación y cama en donde falleció el general San Martín*. — *El nuevo edificio de la Liga francesa de la Enseñanza*. — *Espectáculos*. — *Problema de ajedrez*. — *El archivo de Guibray*, novela ilustrada (continuación). — *El tiro contra los globos dirigibles*. — *París. Militares y marinos argentinos*.

Grabados.—*Día de mercado*, cuadro de Juan Baixas. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo *Una caña*. — *Estudio*, dibujo de Arturo Kampf. — *El trabajo*, escultura de Arturo Dazzi. — *Meditación*. — *La niña y la tortola*. — *Italiana*. — *La guitarrista italiana*. — *Melancolía*, pinturas de Camilo Corot. — *Monumento á Teodoro Mommsen*, obra de Adolfo Brutt. — *El duque de Westminster, aviador*. — *Monte de Yama Taryat, cala del Peñón Hendido, y cabo de Tres Forcas*. — *Faro instalado en el cabo de Tres Forcas*. — *Moras en los pozos de las cercanías de Melilla*. — *Tijos y costumbres de los zulús en el campo y en las ciudades*, dos láminas compuestas por doce fotogramas. — *El príncipe Ito*. — *Habitación y cama en donde falleció el general San Martín*. — *Nuevo edificio de la Liga francesa de la Enseñanza en París*. — *Cañones Krupp para el tiro contra los globos dirigibles*. — *Los marinos y militares argentinos al pie de la torre Eiffel*. — *Los argentinos escribiendo tarjetas postales en la última plataforma de la torre Eiffel*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La muerte de Lombroso presta actualidad á un nombre que nunca ha dejado de sonar y repetirse, aun cuando el *engouement* por las ideas del director del manicomio de Pésaro haya sufrido disminución en estos últimos años. Lombroso fué una moda intelectual allá en 1890. Sus teorías coincidieron con ciertas direcciones del pensamiento moderno, y hubo quien le colocó á la altura de los Lamark y los Darwin, juicio que la posteridad rectificará. Asusta pensar lo mucho que la posteridad debe rectificar, y lo poco que la crítica sólida actual influye en la elaboración de la mentalidad contemporánea.

Si hay un concepto que parece claro en nuestra época, es el de la ciencia. El método inductivo; el descrédito de la metafísica; la consagración del laboratorio y sus pacientes trabajos como fuente del conocimiento seguro..., todo debiera conspirar á que se exigiese, á los que hablan en nombre de la ciencia, datos muy seguros, experimentales. Nada de esto encontramos en Lombroso, y sin embargo, es científica su aureola.

Tres ó cuatro son las ideas fundamentales que Lombroso explana y diluye en sus obras más conocidas: *Los genios*, *El delincuente* y *El crimen político y las revoluciones*. Estas ideas, lo repito, estaban en el aire; esperaban á ser recogidas y sistematizadas. De ello se encargó el ex médico militar, escribiendo, más como artista que como sabio, en un estilo afirmativo, coloreado por meridional fantasía, como si se adelantase á las opiniones de su discípulo Nordau sobre la historia, en la cual ante todo entiende Nordau que debe campea la imaginación.

Al público se le suele conquistar así. Por lo menos, al público numeroso. La siempre cauta y reservada indicación del investigador prudente le hace menos efecto que una teoría de brillante plumaje, apoyada en una balumba de nombres y de hechos que cree exactos porque no los examina. En cuanto á los verdaderamente doctos, no sé qué opinión formarán; sólo puedo decir que, en mi patria, el famoso penalista Salillas, hasta hace poco director de la Cárcel Modelo, y en varios respectos discípulo de Lombroso, ha convenido conmigo en la endeblez de los materiales en que el tinglado de Lombroso se apoya.

Veamos cuáles son esas ideas principales, desarrolladas en los cinco gruesos volúmenes que tengo á la vista.

La idea de *Los genios* hela aquí. Esos grandes hombres que la humanidad admira son locos ó degenerados ó ambas cosas, y al par criminales. Se advierten en ellos los estigmas hereditarios y las lesiones somáticas que caracterizan al demente, al epiléptico y al idiota; el mancinismo ó zurdismo, la impotencia, la palidez, la estatura alta, la baja, la delgadez y otras particularidades que, á decir verdad, pueden observarse en el resto del género humano.

La primera dificultad que sale al paso es, como siempre, la de la clasificación. Es preciso entenderse y convenir en quién es genio y quién no lo es, y aquí ya se viene al suelo el tinglado. Genios indiscutibles no hay muchos. No existe el *pesagenio*, como existe el podómetro y el termómetro. La palabra *genio* sólo expresa, á mi entender, diferencias de *cantidad* en las facultades. Y la lista de genios que presenta Lombroso no puede menos de confundirnos, ante

tantísimo genio del cual no ha oído hablar casi nadie.

No me tengo por un pozo de sabiduría, pero algo se ha leído, y confieso que el catálogo de Lombroso me da en qué pensar. A Ajax no le creí genio, sino héroe. Tampoco Luis Blanc, ni Krapotkine, ni Scarron, ni Galba, ni los Casios, ni Dati, ni Piccinini, ni Baldini, ni Skoda, ni Clemente VI, ni Malherbe, ni Tiberio, ni Mazzini, ni Restif de la Bretonne, ni Duguesclin, ni Dupanloup, ni Noriac, ni Menage, ni Chatterton, ni Cagnoli, ni Casanova, ni Brunetto Latini, ni..., pero ¿á qué alargar la lista?, me hacen el efecto de genios, ni las particularidades que de ellos refiere Lombroso, aun las que están históricamente comprobadas, me parecen distintas de las que cada cual puede referir sin observar más que un círculo reducido de gentes vulgares. En cambio, á otros genios que nombra, como Cremani y Fusinieri, no los encuentro ni en el hospitalario Larousse. Por eso he comenzado diciendo que lo primero sería entenderse y establecer qué se entiende por genio. Si toda persona que se ha dedicado con algún fruto á las ciencias ó á las letras, ó que se hace notar en sucesos políticos, es genio, claro es que se multiplican los ejemplos de estigmas, aunque tampoco estaría de más subdistinguir entre las lesiones somáticas y los efectos de las pasiones, que serán muy funestas, pero no pueden nunca entenderse como degeneración.

Aun cuando admitiésemos la lista de genios de Lombroso, quedarían sujetas á examen recelosisimo las noticias que de ellos nos da.

Baste, para justificar mi desconfianza, el recordar que á Milton, cuyas hijas fueron poco menos célebres que su padre, lo incluye entre los genios que no tuvieron sucesión; que á Lope de Vega le hace discípulo de Rubens; á Santo Domingo le atribuye un rasgo conocidísimo de Santo Tomás; á Safo la poetisa la confunde con Safo la cortesana; hace nacer á Cervantes en Sevilla, á Mina en Córdoba..., y basta para muestra.

Resumiendo la crítica de esta primer idea lombrosiana: tendencia anticientífica á generalizar, endeblez é inexactitud en los datos.

El éxito de *Los genios* puede atribuirse al desbordado instinto igualitario que quiere suprimir la única superioridad insuprimible: la mental. Empezó la humanidad divinizando á sus genios y á sus héroes, y acaba, por medio de Lombroso, recluyéndolos al manicomio—si no al tonticomio, puesto que, en opinión del autor, los genios son, fuera de lo genial, más bobos que nadie. Bobos sublimes, pero bobos.

Con todas sus deficiencias científicas, precisamente científicas, el libro de Lombroso abre surco, y es de la más sugestiva lectura. El mismo Lombroso nos lo dice, en el prefacio de la tercera edición del *Hombre delincuente*, que es la que poseo: mientras nadie leyó las investigaciones profundas, apoyadas en cien exactas experiencias, sobre la *Pelagra* y sobre *El veneno del maíz*, los libros escritos «abandonando las serenas regiones de la ciencia» penetraron en la conciencia pública. Y Lombroso recuenta los discípulos, la imponente escuela antropológico-jurídica que se formó en el mundo entero, siguiendo sus huellas; y cita secuaces en toda Europa, en España, en Portugal, en la América del Sur.

En *El delincuente*, por querer probar mucho, nada prueba Lombroso. La afirmación de la irresponsabilidad por la existencia del «delincuente nato» y del «loco moral» ha venido á introducir tal confusión en el terreno jurídico, que se comprende que Lombroso, son sus palabras, vacilase en publicar la obra «*innanzi all'idea dei danni sociali*». Hemos visto, en estos últimos tiempos, merced á la libérrima interpretación de los principios de Lombroso, que ningún delincuente era culpado. Este, por joven; aquél, por viejo; el uno, por hijo de padres alcohólicos; el de más allá, porque tenía la oreja en forma de asa, debían ser absueltos y no sé si recompensados. Vanamente se les respondería á los abogados defensores y á los jurados indulgentes, aturridos con argumentos que se revestían del ropaje de una ciencia nueva y desconocida, prestigiosa y pintoresca en sus conclusiones, que mucha gente es vieja y moza y es hija de padres aficionados al espíritu parral y tiene la oreja de un modo y la mandíbula de otro, sin ser por eso delincuente y siendo hasta honrada. Conozco marineros tatuados, los mejores hombres del mundo. ¿Qué significación científica pueden tener los signos de criminalidad? Sólo aproximativa. Y lo aproximativo no es rigurosamente científico.

Aceptando como elemento excitador al conocimiento de la verdad las teorías de Lombroso, no debemos dejarnos alucinar por ellas, ni suponer que encierran un nuevo derecho y una nueva moral. Realmente, lo que se agita en los dos voluminosos

tomos, llenos de palabras técnicas y de diseños extraños, no es sino la vieja cuestión teológica de la predestinación y el libre arbitrio; la cuestión que apasionó á los doctores de la Edad Media, y que siempre hará meditar á los pensadores de todas las épocas del mundo, desde San Agustín hasta Schopenhauer.

Hace observar Lombroso que la psicología del criminal nato se parece más á la del salvaje que á la del loco. Ahora bien: el salvaje es una muestra de la psicología humana no modificada por las influencias de civilizaciones superiores. El salvaje es social, no se sabe de salvajes solitarios; el salvaje tiene sus ideas religiosas, sus rudimentos morales; pero todo ello es débil aun contra el empuje del instinto, base de la vida salvaje, y el instinto humano, triste verdad, es de apropiación, sensualidad, venganza, crueldad y egoísmo. No en el hombre anormal: en todos. El estado de naturaleza es, pues, el estado criminal constante. Estúdiase la psicología del niño, que reproduce en abreviatura la del salvaje. Los niños mienten, se apoderan de lo que les encapricha, una de sus primeras gracias es pegar y repetir «Te mato.» No conocen el pudor, comen destempladamente, y apenas tienen cariño á los que les crían y cuidan, si no interesa á su egoísmo. Es inútil decir que la idea religiosa no les contiene, y que sus instintos son lo único que les guía. El salvaje no hace sino prolongar la infancia. En el hombre civilizado actúan otras influencias, y el que se substrahe á ellas, se substrahe porque quiere, y es, en medida que las circunstancias han de determinar, responsable. Negar esto, es dar soltura á la fiera.

Y dígame lo que se diga, el criminal, por *nato* que sea, se reprime y reporta con el temor al castigo. Lo decía doña Concepción Arenal, eminente penalista y mujer de espíritu tan piadoso: si se suprimiese la pena de muerte, muchos criminales perderían el único freno que les sujeta. Por eso doña Concepción no era partidaria, ni de la abolición, ni aun del indulto. Y por eso, después del período de lombrosismo agudo en que se ha declarado irresponsable á todo acusado, se indica ya una reacción, precisamente dentro de la escuela antropológica, y surge la doctrina de la eliminación por defensa (sustentada por el propio Lombroso). Síntoma de esta reacción es el hecho de que en Francia, casi abolida ya la pena capital, hubo que restablecerla, después de la abolición del sátrio Solejland, que dió lugar á un motín de indignación.

Así la escuela antropológica ha sido la lanza de Aquiles, y en ella ha cabido la confirmación de las ideas tradicionales del derecho penal. No se debe temblar nunca ante las novedades, sino examinarlas. A veces nos alarmamos de cosas que ya dijeron Aristóteles y Platón.

Nada más conservador que las consecuencias que se deducen del estudio de Lombroso y Laschi sobre *El crimen político y las revoluciones*. Lo indica la cita de Littré que encabeza la obra: «Esta clase de crimen merece ser estudiado como caso de patología social.»

Severo es el juicio de Lombroso sobre las revoluciones. Las considera siempre estériles, y opina que, hasta cuando no las inspira intención criminal, deben contarse en el número de los crímenes y no pueden excluirse de los códigos.

Como confirmación de este aserto, Lombroso afirma, apoyándose en casos de huelgas sangrientas y de revoluciones, que la capa de barniz de nuestra civilización es muy ligera, y que, aun en tiempos tranquilos, el estudio de las costumbres nos prueba que, á pesar de vicisitudes y cruzamientos, han variado poco desde la época bárbara.

Califica, pues, Lombroso á las revoluciones de accesos de locura epiléptica, neurosis agudas que se determinan en los pueblos; y añade que el criminal común, por su naturaleza impulsiva, por odio á las instituciones que le estorban, es un rebelde político perpetuo, que encuentra en las asonadas el medio de satisfacer doblemente sus pasiones, y de verlas por primera vez aprobadas por numeroso público. Especialmente, al comienzo de las revoluciones, los criminales abundan, porque entonces las energías anormales y mórbidas arrastran á los débiles y á los inciertos, y los inducen á los excesos por epidemia de imitación. La epilepsia y el alcoholismo en el varón, la prostitución en la mujer, he ahí las dos fuentes de donde mana la criminalidad política. Ningún hombre político sería más severo, ni siquiera el célebre Suñer, que salvado de que le crucificasen en un árbol sus partidarios, escribió: «Estoy convencido de que no han perdido los instintos del hombre de las selvas.»

UNA CARTA, POR JOSÉ M.^a FOLCH Y TORRES

Ella escuchaba sin oír

—¿Ya sabe usted, dijo Luisa á Manuel Valdés, que el día veinte damos el segundo concierto?..

—Lo sé, Luisa; pero con gran sentimiento de mi parte, no podré esta vez gozar de los atractivos de sus fiestas. Voy á París por unos meses.

—¡A París!, exclamó Luisa sin poder ocultar la contrariedad que tal noticia le causaba.

Manuel Valdés pareció sorprenderse del acento con que la joven había pronunciado estas últimas palabras, y en sus ojos brilló fugaz un destello de alegría.

—¿Le sabe á usted mal, Luisa, que me vaya?

Ella vaciló un instante antes de responder.

—¿Por qué me pregunta usted eso?

—Ciertamente, ha sido una indiscreción mía, por no decir pretensión extremada...

—No es eso, Manuel.

—¿Entonces?

—Entonces...

—¿Pero será cierto, Luisa, que á usted pueda interesarle el que yo me marche ó me quede?

Luisa bajó los ojos y sus mejillas se tiñeron de un ligero rubor.

Manuel no lo hubiera jamás creído. Enamorado platónico de Luisa y concurrente asiduo á las fiestas y reuniones que á menudo se daban en su casa, en varias ocasiones tuvo el propósito de confiar á su beldad el secreto de su corazón; pero sea porque ella esquivara la ocasión, fuese porque Manuel no era, á decir verdad, muy lanzado en asuntos amorosos, lo cierto es que *la cosa* no había salido y que Manuel pasaba los mil sinsabores viendo á Luisa, asediada por otros jóvenes más parleros y más avezados que él, con los cuales departía ella alegremente.

Luisa no había, en verdad, dejado de ver por dónde iban los quereres de Manuel, y muy complacida que estaba por ello... Solamente que... Luisa, sin ser coqueta, gustaba de flirteos; y como por otra parte Manuel no se atrevía, ciertamente que no debía ser ella la que le pusiese en el trance.

Pero ahora ya era otra cosa. Manuel, aquel Manuel sumiso, seguro, incapaz de faltar un día á las reuniones; aquel apuesto mozo que calladito se la comía con sus ojazos desde un extremo del salón, no osando decir lo que por ellos rebosaba; aquel muchacho, simpático y serio, había dicho que se iba, que se marchaba nada menos que á París y...

—¿Ha dicho usted por unos meses?

—Sí, Luisa. Dos ó tres meses por lo menos. Un asunto de banca me lleva allí, y no puede pensarse el tiempo que pueden durar las negociaciones.

—¡Va usted á divertirse de lo lindo en París!

Manuel la miró en los ojos fijamente.

Ella los bajó de nuevo.

Envalentonado y satisfecho en el fondo de su alma del sesgo que tomaba el asunto, abrióle su corazón, y, cosa rara, lo hizo con tal ardorosa verdad, con

tanta alma, que él mismo quedó maravillado de su propia verbosidad.

Ella escuchaba sin oír. ¿Y qué necesidad había de ello, si ya sabía de antemano lo que contenía aquel corazón sincero?

—Me ama usted, dice, y no puedo negar que lo había adivinado hace ya tiempo. Pero, diga Manuel, ¿por qué ha escogido esta ocasión para revelarme lo que usted creyó secreto? Dice que me ama, y me lo dice en la víspera de una ausencia de meses. Deja usted en mi alma la custodia de esta confesión, y se marcha usted... á París, allí donde cada instante trae emparejada una tentación, donde en medio de placeres y diversiones el olvido no tarda en llegar, donde... ¿Por qué me lo decía usted ahora, Manuel?

Este, con la mano en el corazón, juró no olvidarla, pensar en ella en todos los instantes. ¿Cómo no, si la llevaba dentro de su alma desde que la conoció, si no vivía más que para ella?

Luisa quiso creerle. Convinieron en que Manuel mandarfa á menudo cartas postales *inofensivas*, es decir, que pudieran leerse en familia, postales de pura cortesía.

En aquel momento un grupo de jóvenes se acercó á la pareja. Se había organizado un cotillón y se rogaba á Luisa que quisiera dirigirlo.

Manuel se refugió en el fumador para gustar á solas de la felicidad que inundaba su alma.

Entre los pretendientes de Luisa había uno que bien merece nuestra atención. Juanito Lagos se llamaba, y era un temible *Don Juan*, según propia creencia. Difícilillo sería afirmar si su amor por Luisa no sería otro de sus muchos amores, ó bien si por esta vez el dardo había dado en el fondo. Lo cierto es que Juanito redobló sus acometidas en cuanto le pareció ver á Luisa más *huida* que de costumbre.

Mes y medio, poco más ó menos, había transcurrido desde el día en que Manuel confió á Luisa sus amores. En un principio todas las semanas, invaria-

blemente, se recibía, *para la colección*, una tarjeta postal del ausente, cuatro palabras de saludo con el pretexto de acompañar tal ó cual vista de la capital de las capitales.

Pero de pronto cesó la correspondencia. Manuel no escribía, y en vano Luisa esperaba todos los días la hora del correo.

Su angustia fué en aumento á medida que el tiempo pasaba. Creyóse enfermo, y comprendió cuánto le amaba en el dolor que experimentó á la sola idea de perderle.

Un día Juanito Lagos, con la mayor naturalidad, dejó caer en la conversación el nombre del ausente.

—¿Pero tiene usted noticias de Manuel?

—¡Ya lo creo!, contestó Lagos con no poca intención. Y que según parece no le va mal en París... Naturalmente, París está tan lleno de diversiones que no hay manera de aburrirse allí.

—¿Le ha escrito á usted?, preguntó Luisa procurando no descubrir su zozobra.

—A mí precisamente, no; pero me enteré por Eduardo, su íntimo.

Luisa recorrió con los ojos el salón. Eduardo no estaba allí.

Es por demás ponderar la terrible angustia que se apoderó del amante corazón de Luisa. «Entonces sería cierto que Manuel había olvidado, en el torbellino parisiense, la fe jurada!»

Por su mente atravesaron los más descabellados proyectos; pensó en escribirle echándole en cara su apostasía... Pero no, se limitaría á preguntarle si estaba enfermo... Tampoco esto. Le suplicaría... le abriría su corazón acongojado, le diría cuánto sufría, cuánto lloraba...

Y así pasaban los días, tristes y crueles, de silencio, llenos de indecisión y de angustia, sin una noticia consoladora, sin un rayo de luz que iluminara las tinieblas de su alma enamorada...

Hasta que llegó el día del santo de su padre. Su corazón no la había engañado: había postal de Manuel. Entre el sinnúmero de tarjetas recibidas la encontró. Felicitaba á su papá y excusaba su silencio en una enfermedad que decía haberle tenido en cama tres semanas.

En la fiesta de la noche Luisa se presentó más bella y radiante que nunca y con ser riquísimo el traje que lucía, más rica era la luz que sus ojos irradiaban derramando generosos el gozo que llenaba su alma.

Juanito Lagos no faltó á la fiesta. Luisa al verle no pudo reprimir un gesto de disgusto, y más aún, cuando acercándose para saludarla, la dijo sonriendo: —Ya sé que ha habido tarjetilla...

Luisa, sorprendida y despechada de que aquel ente ridículo poseyera el secreto de su alegría, quiso volverle la espalda, pero él supo añadir con presteza:

—Hay excusas de cierta enfermedad, ¿no es cierto? —¿Y qué le va á usted en ello?, respondió Luisa secamente.

—Nada, ya lo sé; pero yo me veo en el deber de poner á usted al corriente de lo que sucede, dijo Juanito tomando aires de hombre serio. No se me ha ocultado que usted ama á Manuel... Bueno, peor para mí. Pero si para evitar esto no hay remedio, no puedo en cambio tolerar en manera alguna que se la engañe á usted miserablemente.

Luisa, pálida como una muerta, no halló palabra para contestar.

—Manuel no merece el amor de usted, Luisa.

—¡Le exijo á usted que pruebe lo que dice!, exclamó ella en voz baja, ahogada por la emoción.

Juanito Lagos sonrió.

—Una prueba..., no es muy fácil darla; pero si usted se empeña en ello...

—¡Lo exijo!

—En este caso... Pero créame usted, Luisa, bajo mi palabra. No hace aún diez minutos que en la misma escalera de su casa de usted un amigo de Manuel nos ha leído una carta suya. ¿Cómo iba á saber, si no, que usted ha recibido hoy una tarjeta?

—¿Y esa carta dice?..

—No quiera usted saberlo.

—Pues precisamente es eso lo que quiero.

—No sea usted exigente. Esa carta no me pertenece...

—Ha dicho usted que si yo me empeñara...

—Sí, lo dije. La carta está en el gabán de mi amigo... Conste que es porque usted me lo exige el cometer yo una acción reprobable.

Y diciendo esto desapareció del salón, volviendo al cabo de unos instantes con un pliego escondido debajo el smoking.

—Aquí está. Permítame que no se la entregue, porque... hay cosas que no puede leerlas una señora.

mente habrá en mi corazón un lugar para ella. Compra y mándame unos pendientes toledanos, que dice le gustan mucho, pues quiero darle esta sorpresa...»

Pero de pronto una loca curiosidad se apoderó de ella... «¿Qué mujer sería esa, qué atractivos reuniría que así hubiese podido esclavizar el corazón de Manuel? ¿Sería rubia, morena, alta, baja?.. Acaso contaría también estos pormenores en la carta...»

La curiosidad es la más poderosa de las tentaciones. Luisa no la resistió, y sin detenerse á calcular la gravedad de lo que se proponía, rogó á la doncella que fuese cautelosamente á buscar la carta en el bolsillo de uno de los gabanes del ropero.

La doncella obedeció no sin cierta repugnancia.

Cuando Luisa tuvo la carta entre sus manos, tentada estuvo de devolverla sin abrirla, pero no pasó de tentación..

Conteniendo los latidos de su pecho, desdoblóla y leyó. Leyó..., iba leyendo y su semblante adquiría, á medida que avanzaba la lectura, claridades de cielo después de tormenta. Leyó y releyó repetidas veces, al principio con indescriptible sorpresa, sonriendo luego, y por último riendo á boca llena, loca de alegría, saltana, levantando al aire sus brazos agitando la carta triunfalmente.

La mujer, aquella terrible mujer que según frase de Manuel «valía más que un imperio,» no era otra que la portera, que le había cuidado durante su enfermedad, y á la cual, agradecido, quería ofrecer un presente.

—¡Gracias, Dios mío, gracias!, exclamó besando la carta repetidas veces.



Estudio, dibujo de Arturo Kanipf

Luisa no pudo leer más. Sus hermosos ojos se nublaron y sus manos temblaban de tal suerte que no le era posible dar con el punto.

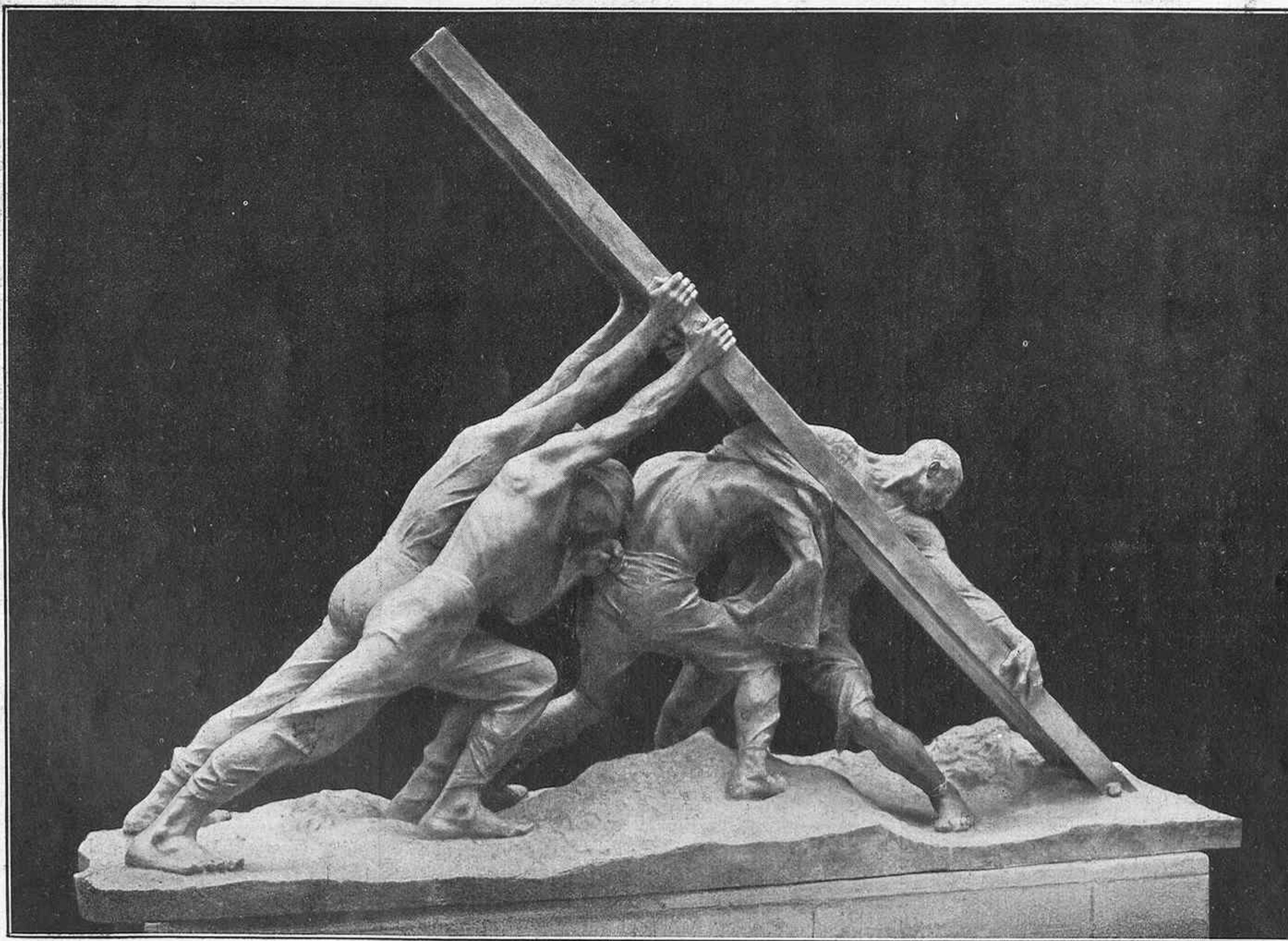
Devolvió la carta y corrió á refugiarse en sus habitaciones, dejándose caer en un sillón, postrada, anonadada, como si acabara de demolerse en su alma todo lo que en ella hubiera de voluntad y de fuerza.

Al poco rato se presentó su doncella, la cual, habiéndola oído retirarse, acudía á ponerse á sus órdenes.

Hubo en casa de Luisa, al cabo de poco tiempo, otra fiesta brillante.

Los periódicos llenaban más de una columna reseñándola...

Lagos, solo en su habitación, acababa de terminar su lectura. Dobló el diario y dijo:



El trabajo, escultura de Arturo Dazzi

ta; vea usted solamente estas pocas líneas, suficientes para darle una idea ..

Luisa leyó el fragmento que Lagos le mostraba.

«... Esta mujer vale más que un imperio. Eterna-

—¡Pero qué le sucede á usted, señorita!, exclamó alarmada notando su extrema palidez.

Necesitada de expansiones, su corazón acongojado confió á la doncella su desconsuelo.

—Pues, señor, no acierto á explicarme cómo no recibí esta vez la acostumbrada invitación.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

CAMILO COROT

PINTOR DE MUJERES



Meditación

Corot no es sólo el divino paisista de los plateados estanques de Ville-d'Avray. Esta obra maestra nos prueba que el artista sabía pintar el rostro humano con penetración grave y tierna.



La niña y la tórtola

Cuadro de ingenuidad deliciosa; esa niña rubia que habla á su tórtola domesticada, llamábase Leontina Desavarry y era hija de un amigo del gran pintor



Italiana

He aquí una mujer de perfecta belleza; el óvalo de su cara es puro como el de la Fornarina. ¡Y decir que los «snobs» de 1880 calificaban estas creaciones exquisitas de «muñecas rellenas de salvado!»



La guitarrista italiana

De sus viajes de joven al país de Rafael, había conservado Corot una tierna veneración á Italia; por esto buscaba á su taller de la calle de Paradis Poissonniere lindas jóvenes ataviadas con los trajes típicos de Abano ó de Genzano, una de las cuales sirvió de modelo para este cuadro. Y preciso es reconocer que la belleza de este lienzo justifica la predilección que por aquel/os tipos italianos sintió el gran maestro.

Camilo Corot, de quien reproducimos una colección encantadora de figuras femeninas, es todavía, para la mayor parte de sus admiradores, el pintor de los paisajes de Ville-d'Avray, de los helados estanques, envueltos en vaporosa niebla, de las umbrosas selvas en donde alegres ninfas se persiguen.

Pero Corot pintor de figuras, ¿quién le conoce bajo este aspecto como no sean unos cuantos elegidos? Sus contemporáneos, los críticos, los mismos Teófilo Gautier y Edmundo About, se burlaban de la falta de gracia de esas figuras, cuya sinceridad y cuya vida no sentían. Esas figuras no son modelos copiados en el lienzo, sino seres que palpitan, sonrientes ó melancólicos.

Corot, pintor de figuras, merece figurar al lado de los más grandes pintores de este género.

Los organizadores del Salón de Otoño de París han procedido con gran acierto conmemorando á uno de los maestros indiscutibles de la escuela francesa con una exposición retrospectiva de sus figuras femeninas, en la que pueden admirarse, entre otras muchas, las reproducidas en esta página, tan buenas, si no mejores, que sus más celebrados paisajes.

El encanto de esos lienzos está en su probidad, en su ingenuidad. ¡Qué lección de sencillez se desprende de todos ellos para los adornistas de moda que, con el pretexto de embellecer, de idealizar su modelo, le despojan de toda gracia á fuerza de afectación insincera!

Era preciso hacer resaltar este aspecto de la personalidad artística de Corot, lo que se ha conseguido disponiendo en el citado Salón la instalación de una sala dedicada exclusivamente á retratos de mujeres por él pintados, que indudablemente constituye el mayor atractivo de la exposición.

Corot supo substraerse al amaneramiento dominante en su época; y preocupándose sólo de la verdad, logró fijar en sus lienzos figuras vivientes, estados de alma, buscando la belleza, no en la ficción, sino en la realidad misma.



Melancolía

¿En quién piensa esa linda campesina? Seguramente en algún novio que la ha engañado. Corot sabía traducir como los más grandes maestros los más profundos estados de alma; en este lienzo, una sencilla obrera abandonada le ha bastado para realizar una obra de expresión admirable. Hay en la actitud y en el semblante de esa mujer un sentimiento tan intenso, que, mirándola, no es posible dejar de experimentar una impresión hondísima.

BERLÍN.—MONUMENTO A MOMMSEN

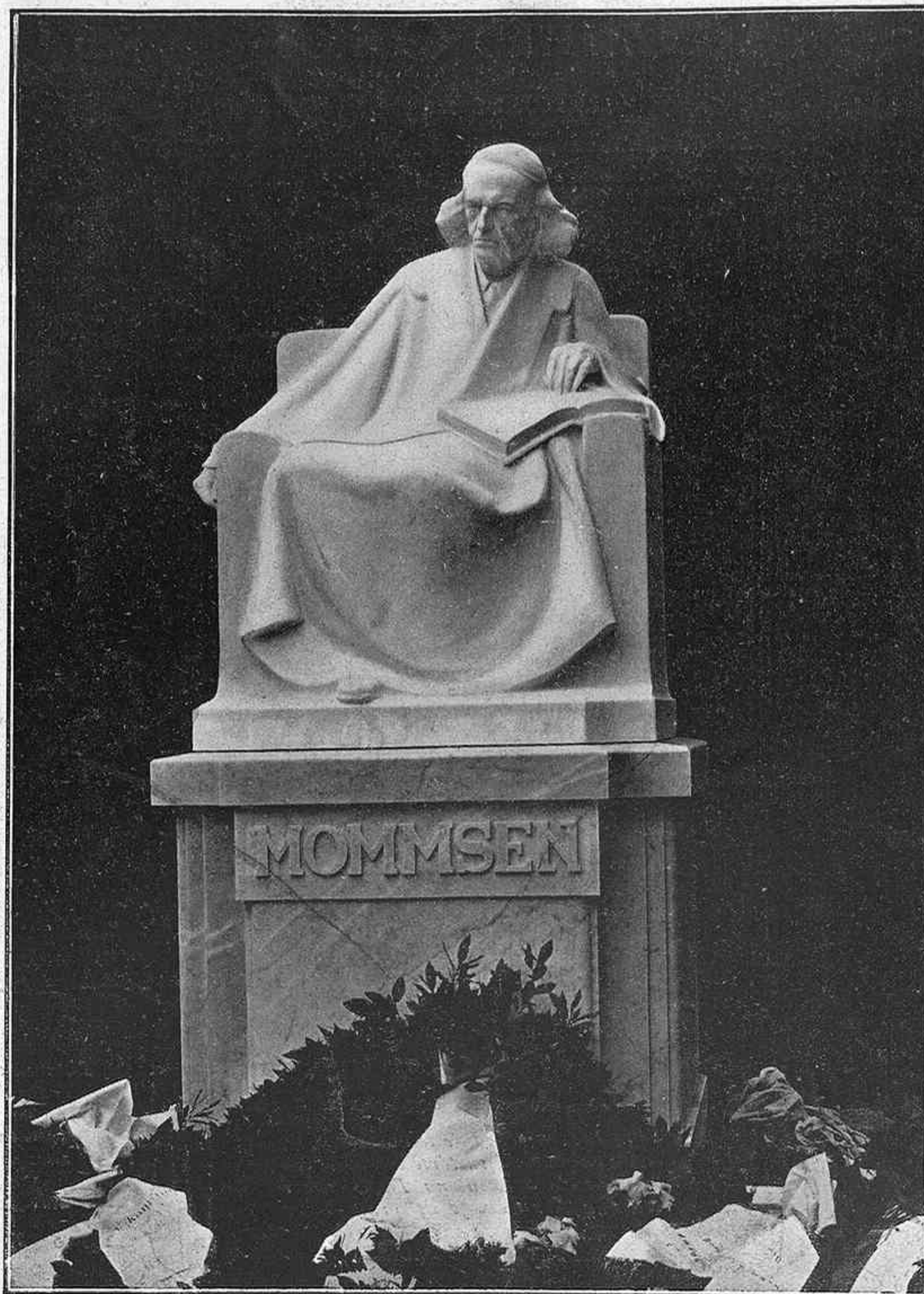
Hace pocos días inauguróse el monumento que adjunto reproducimos y que ha sido erigido en el jardín de la Universidad de Berlín á la memoria de Teodoro Mommsen, una de las glorias más grandes y más legítimas de Alemania.

Historiador, filólogo y epigrafista eminente, dotado de una inteligencia privilegiada, de una infatigable laboriosidad y de un profundo espíritu observador, fué reconocido y admirado como sabio eminentísimo, no sólo en su patria, sino también fuera de ella. Su grandiosa *Historia romana*, su *Corpus inscriptionum latinorum*, su *Corpus inscriptionum neapolitanarum*, su *Derecho público romano* y tantas otras obras importantísimas conquistaronle fama universal y le abrieron las puertas de las principales academias y sociedades científicas alemanas y extranjeras.

Había nacido en Garding (Sleswig) en 1817, y allí hizo sus primeros estudios, que completó en Altona y en la Universidad de Kiel. Después de atravesar un período muy difícil, hizo un viaje por Francia é Italia subvencionado por la Academia de Berlín; y de regreso en Alemania, en 1848, fué nombrado profesor extraordinario de Derecho en Leipzig, cargo del que se le destituyó dos años después á causa de haber tomado parte en un movimiento revolucionario. Luego fué sucesivamente profesor de las Universidades de Zurich, Breslau y Berlín, y en 1874 se le nombró secretario perpetuo de la Academia de Ciencias de esta última capital.

Falleció en 1903 en Charlottenburgo, y su muerte fué considerada como duelo nacional en su patria y como una pérdida irreparable en el mundo científico.

Hoy sus compatriotas han honrado su memoria elevándole la hermosa estatua modelada por el célebre escultor Adolfo Brutt, que perpetuará su recuerdo en aquel centro docente, en donde durante tantos años difundió en admirables enseñanzas sus vastos y profundos conocimientos.



Monumento á Teodoro Mommsen, obra de Adolfo Brutt, erigido en el jardín de la Universidad de Berlín y recientemente inaugurado. (De fotografía de Carlos Trampus.)

tado de aquella prueba; y dados el entusiasmo con que ha tomado la cosa y la excepcional pericia de su profesor, es de suponer que antes de muy poco tiempo podrá lanzarse á los aires manejando y haciendo

Francia á los vencedores de la Gran Quincena de la Aviación de París, de la que oportunamente nos ocupamos.

El conde De Lambert ha ganado: el premio del Consejo Municipal de París, 25 000 francos; el primer premio del Consejo general del Sena, 7.000; el premio Scheurer-Kestner, 1.000; el premio del barón Andrés de Neuflyze, 1.000; una prorrata sobre el importe de los premios no adjudicados, 2.347'62; total, 36.347'62 francos y además una parte del premio de totalización de las distancias, que es un tanto por ciento del importe de las entradas despachadas en los días 7, 10, 19 y 21 de octubre.

Gobron ha ganado: el segundo premio del Consejo general del Sena, 3.000 francos; el premio de la señora Quintón, 1.000; el premio del Sr. Cretenier, 1.000; una prorrata de los premios no adjudicados, 345'24; total, 5.345'24 y además una parte del premio de totalización.

Enrique Bregi ha ganado: el premio de Bernardo Dubos, 2.000 francos; el premio de la señora Falco, 1.000; una prorrata de los premios no adjudicados, 207'14; total, 3.207'14 y además una parte del premio de totalización.

Han terminado los concursos de Doncaster y Blackpool (Inglaterra). En el primero Delagrange ha obtenido la copa de inauguración, la copa de Doncaster Trademans (de velocidad), volando á razón de 86.500 metros por hora, y el tercer premio de la copa Doncaster; Sommer, la copa Chairmans, la copa Witworth y la copa Doncaster; Le Blon, la copa de Bradford y el segundo premio de la copa Doncaster, y Molón, el cuarto premio de esta última. En el de Blackpool Farman ha ganado 60.000 francos; Rougier, 16.500; Paulhán, 12.600, y Latham, 10.000; además Latham y Farman han recibido la medalla de oro del Aero-Club de Inglaterra.

En estos últimos días se han efectuado algunos vuelos admirables. En Brooklands, Paulhán ha batido el *record* de la altura y de la velocidad, elevándose á 216 metros y recorriendo 54 kilómetros en 58 minutos.

Bleriot, en Viena, ha realizado en presencia del emperador, de los archiduques, de los ministros, de toda la alta sociedad vienesa y de un público de 300.000 personas, una ascensión que ha sido un verdadero triunfo para el famoso aviador francés, que permaneció más de media hora en el aire ejecutando toda clase de evoluciones con precisión extraordinaria. Cuando descendió, el emperador le felicitó calorosamente y el público le tributó una ovación delirante.

Pero á todas estas hazañas ha superado la llevada á cabo el día 3 de este mes en Mourmelon por Enrique Farman, quien ha batido su propio record de Reims, del que nos ocupamos oportunamente, permaneciendo



El duque de Westminster, que actualmente está haciendo su aprendizaje de aviador en la Escuela de pilotos de Mourmelon (Francia). (De fotografía de M. Rol.)

DE AVIACIÓN

La aviación gana cada día nuevos prosélitos en todos los países y en las más altas clases sociales. En la actualidad el duque de Westminster, jefe de una de las más ilustres familias de la aristocracia inglesa, se propone dedicarse á este deporte, y al efecto se ha trasladado á Mourmelon (Francia), en donde se halla establecida la Escuela de pilotos y en donde una porción de aficionados se instruyen en el manejo de los aeroplanos y se ensayan bajo la dirección de expertos aviadores.

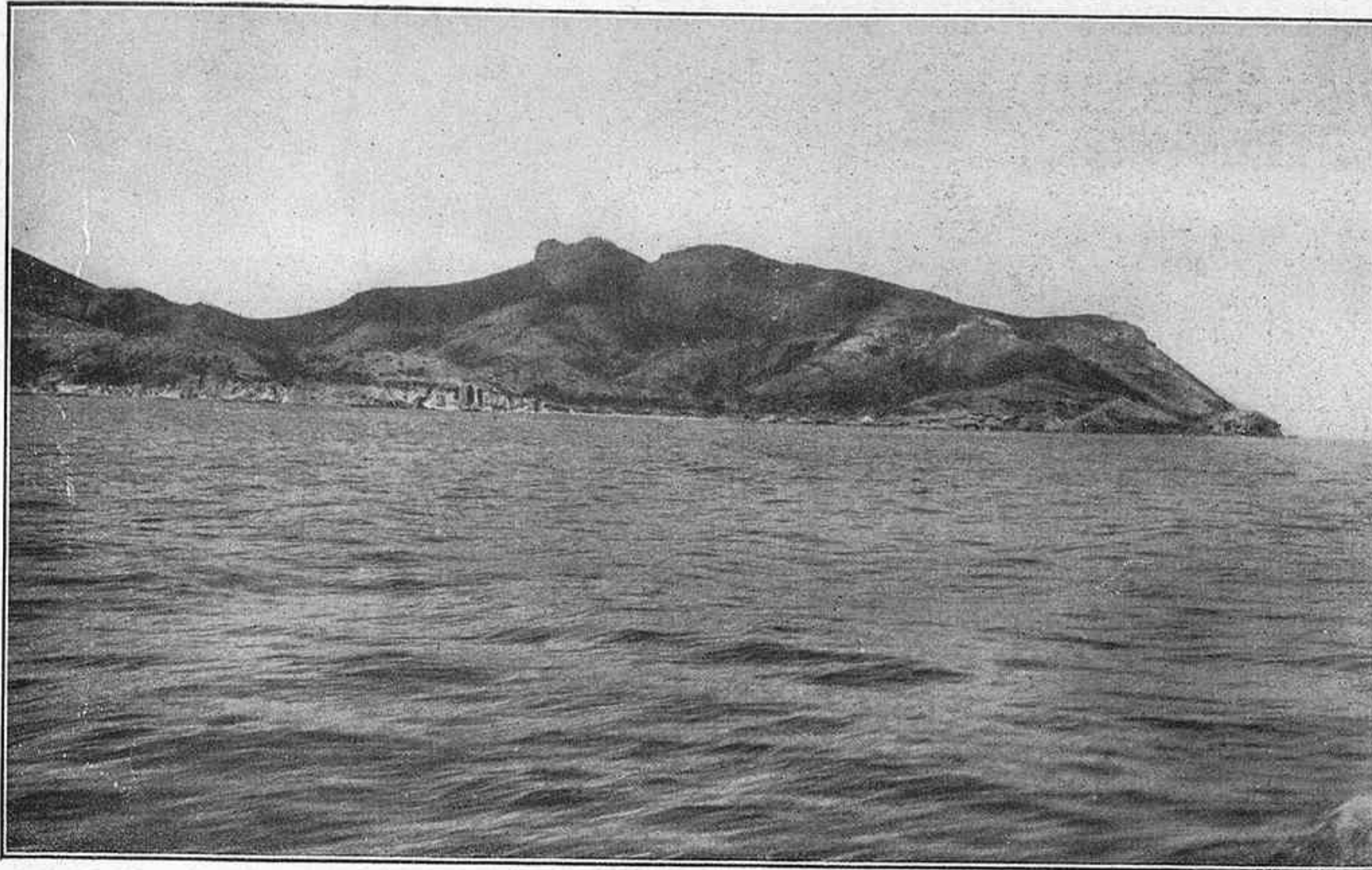
El duque llegó allí el 29 de octubre último, y en seguida tomó su primera lección en el biplano Voisin, destinado al aprendizaje, siendo su maestro el célebre aviador Enri-

que Farman, en compañía del cual efectuó al día siguiente su primer vuelo. El aprendiz quedó encan-

maniobrar sin auxilio de nadie el biplano Voisin que recientemente ha adquirido.

Se han publicado los resultados definitivos de los premios distribuidos por la Liga Nacional Aérea de en el aire 4 horas, 17 minutos y 53 segundos y recorriendo en este tiempo 232.212 metros.—S.

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)



Monte de Yama Taryat, cala del Peñón Hendido y cabo de Tres Forcas

Desde hace algunos días están totalmente suspendidas las hostilidades y apenas si ocurre algún pequeño tiroteo aislado que carece en absoluto de importancia, lo que se debe seguramente en parte al debilitamiento de la *jarka* y en parte a las negociaciones comenzadas por los emisarios del sultán Muley Hafid, de cuya llegada a Melilla dimos cuenta en el número último.

Según parece, las fuerzas de la *jarka* disminuyen y entre los rifeños cunde el desaliento a causa de las pérdidas por ellos sufridas durante los últimos temporales; la miseria es entre ellos cada día más grande y amenaza ser aún mayor si la guerra continúa, y ello hace que su entusiasmo bélico decrezca y que sus contingentes mengüen constantemente.

Por otra parte, algo y quizás mucho ha de influir en su ánimo la presencia de la embajada jerifiana en Melilla y las gestiones que en nombre del soberano realiza cerca de los jefes de las principales cabilas. El Bachir y sus compañeros salieron de la plaza el día 30 de octubre último y se dirigieron al zoco El-Had, en donde debían reunirse con los cau-

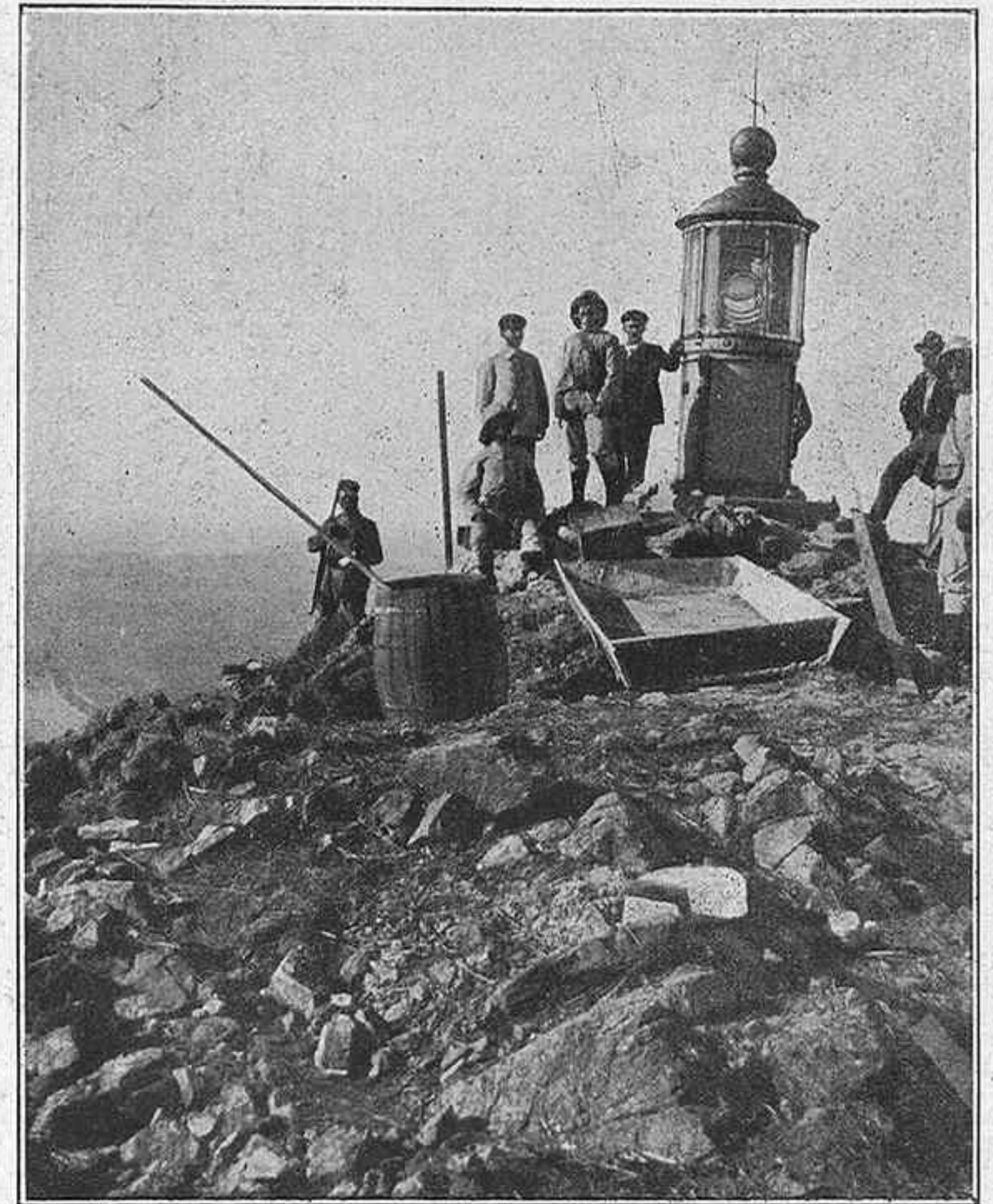
que los acompañaron hasta el límite de nuestras posiciones avanzadas. Desde Benisicar, El Bachir despachó un jinete para que diera cuenta de su llegada a los rifeños, y en seguida bajaron éstos en gran número de las cuestas de la montaña. La conferencia duró tres horas, y aunque los enviados de Muley Hafid a su regreso a Melilla se mostraron muy reservados, hay motivos para suponer que no quedaron descontentos del resultado de su expedición y que se acentúan las corrientes pacíficas.

Asistieron a la entrevista los representantes de todas las cabilas y fracciones de las mismas, incluso la de Benibuirfur; los Beniburriagas no estuvieron presentes, pero enviaron una carta muy afectuosa a los emisarios del sultán, cuya autoridad parece que se encuentran dispuestos a reconocer todos los rifeños. Entre los moros notables que concurrieron a la conferencia estaban El Messían, Abd el-

brar varias entrevistas parciales con las diferentes cabilas a fin de llegar con cada una de éstas a un acuerdo definitivo.

Cuando estas notas se publiquen, los emisarios jerifianos habrán ido seguramente a Zeluán a conferenciar con aquellas cabilas, de las cuales espérase que acogerán favorablemente sus excitaciones en pro de la paz, puesto que, además de estar sumamente quebrantadas, desean poder dedicarse tranquilamente a sus faenas agrícolas.

Hace algunos días, el comandante francés Bouquereau, jefe de unos puestos del Muluya, tuvo la delicada atención de adquirir en un zoco varios objetos que pertenecieron a jefes y oficiales españoles



Faro recientemente instalado en el cabo Tres Forcas

muerto en el combate del 27 de julio, y así lo anunció en una sentida carta al general Marina. Este le contestó agradeciéndole vivamente su noble acción y rogándole que, si sus jefes se lo permitían, fuese a Melilla para recibir el homenaje de los oficiales y jefes españoles.

El Sr. Bouquereau, aceptando la invitación, llegó a la plaza el día 1.º de este mes y visitó en seguida al general, a quien entregó aquellos objetos y de quien escuchó las más cariñosas frases de gratitud.

Por la tarde el comandante estuvo en el cementerio, acompañado de los generales Marina y Del Real, visitando el mausoleo en donde están enterrados los generales, jefes y oficiales muertos en esta campaña y en la de 1893; después de depositar una hermosa corona que el ejército de Argelia dedica a sus compañeros del ejército español que han sucumbido en defensa de la patria, pronunció un sentido discurso expresando la admiración que en el mundo y especialmente en Francia produce el valor con que combaten los soldados españoles.

El general Marina, profundamente emocionado, contestó en nombre del ejército español dando las gracias al comandante francés por la ofrenda tributada a los héroes de la campaña, y añadiendo que España jamás olvidará este acto, que servirá para afianzar más los lazos de amistad que unen a los dos pueblos. Terminó rogando al Sr. Bouquereau que hiciera presentes aquellas manifestaciones al general Liantey y a los jefes y oficiales del ejército de Argelia.

Durante su estancia en Melilla, en donde ha permanecido varios días, el comandante ha visitado los cuarteles y varios campamentos y ha sido obsequiado con banquetes por la oficialidad de los cuerpos de aquella guarnición y por el comandante en jefe general Marina.—R.

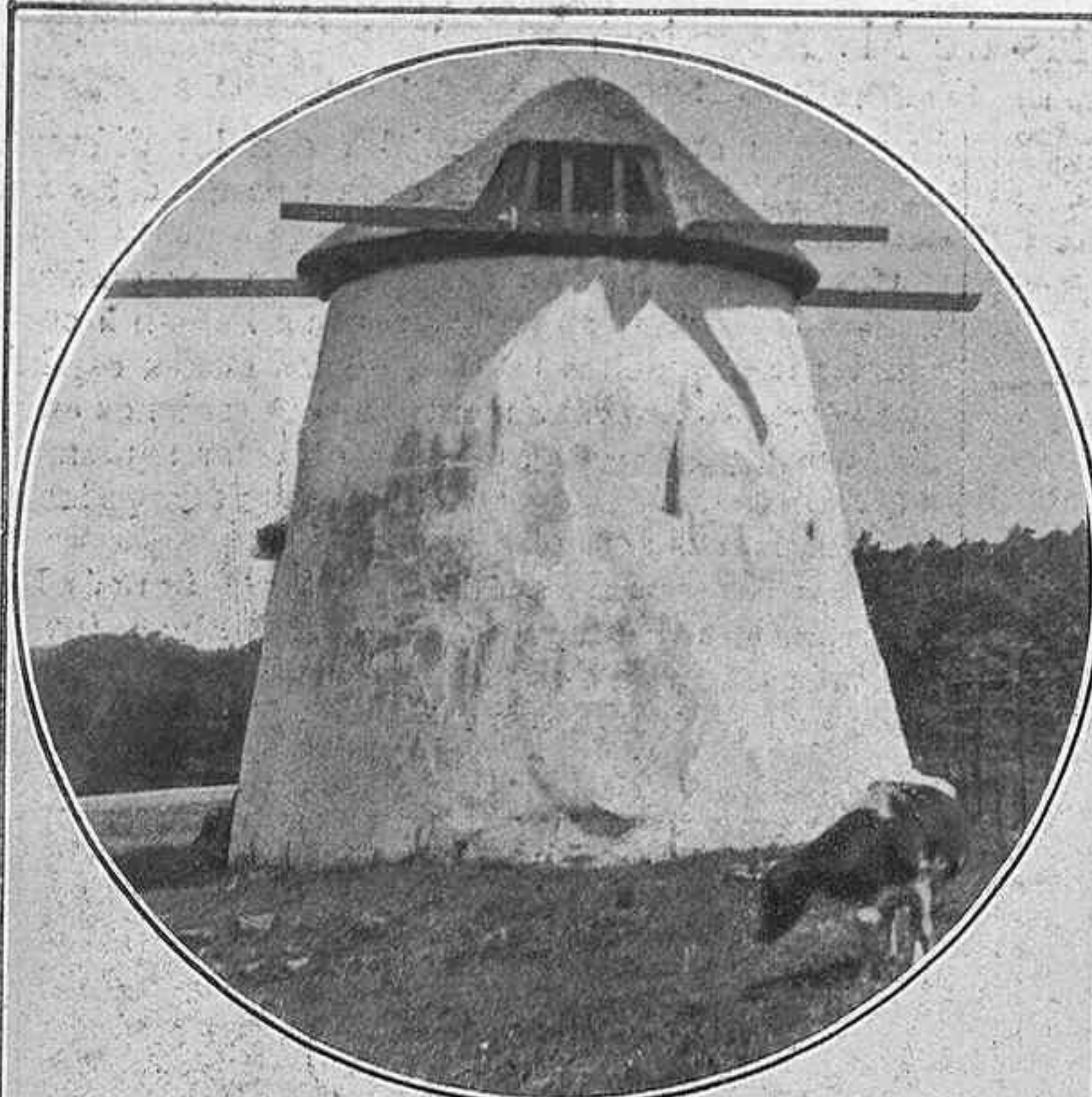


Moras proveyendo de agua en los pozos de las cercanías de Melilla

dillos rebeldes para tratar de su sumisión; dábanles escolta un escuadrón de caballería y la *jarka* de moros amigos que manda el kaid Amsrani, el Gato,

Kader, Ismael Chaldi, hijo del famoso jefe de la *jarka*, y otros caudillos prestigiosos. En aquella reunión acordóse, según se dice, cele-

do con banquetes por la oficialidad de los cuerpos de aquella guarnición y por el comandante en jefe general Marina.—R.



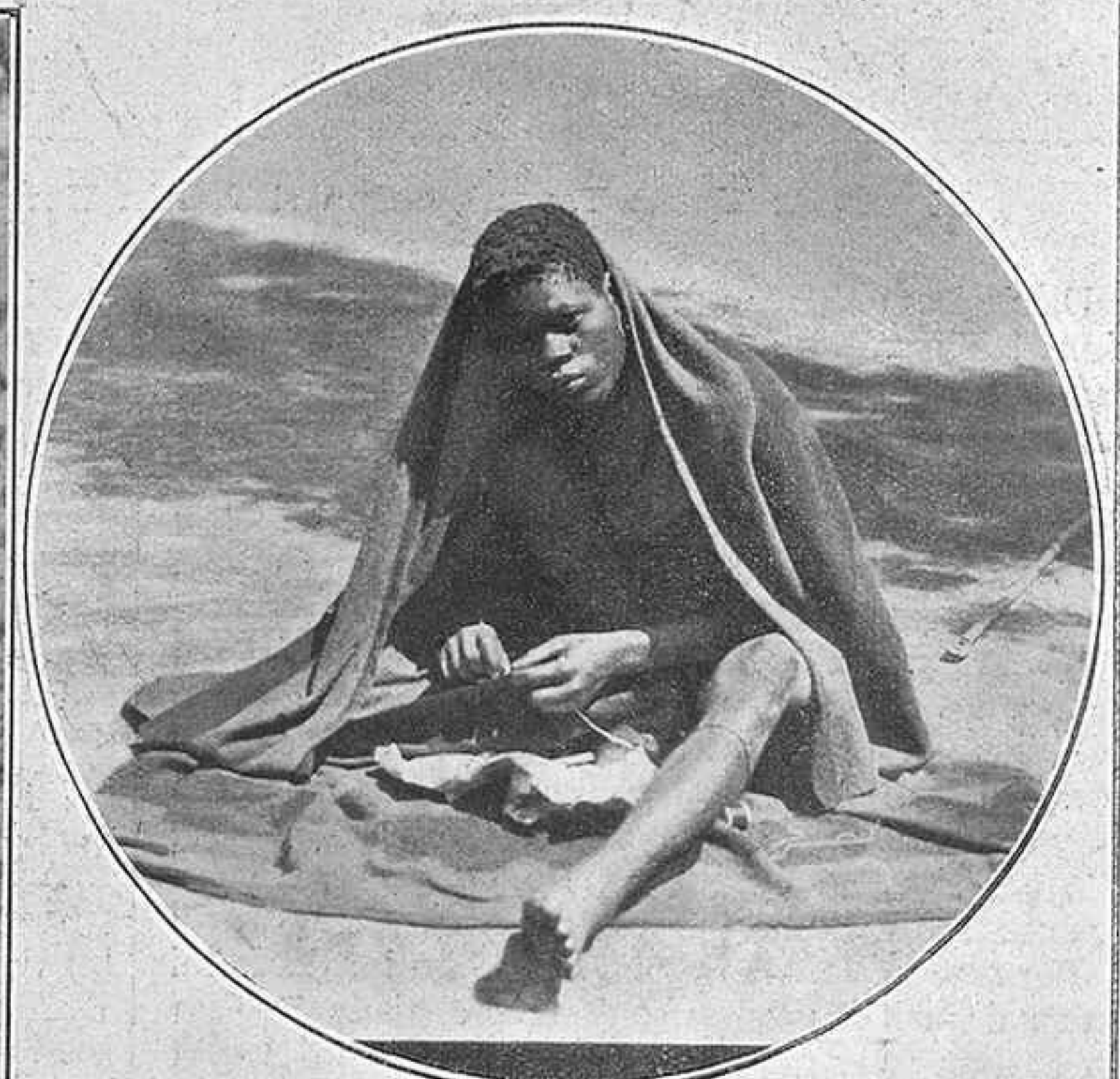
Vivienda zulú en el Sur de Africa



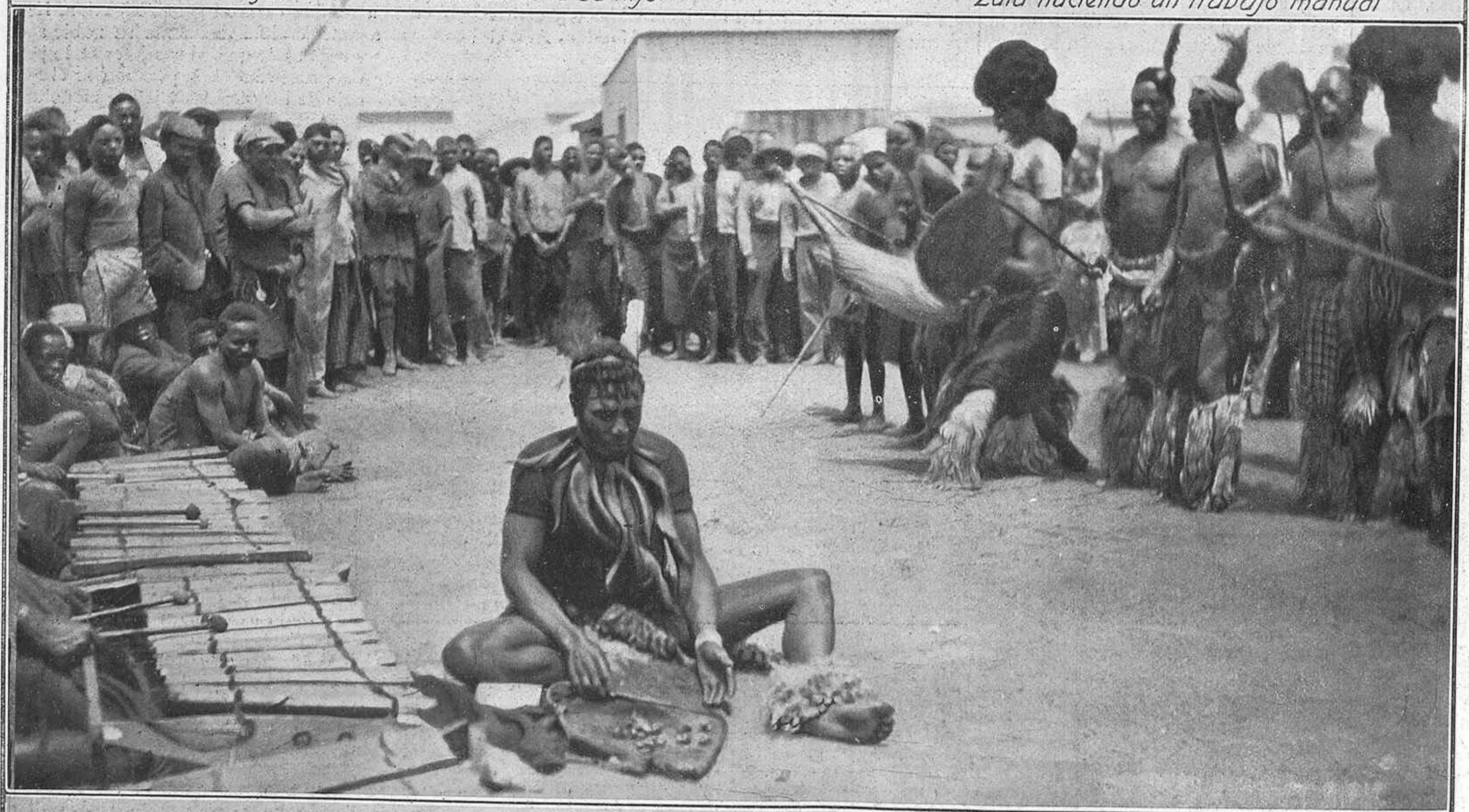
Una familia zulú



Mujer zulú amamantando á su hijo

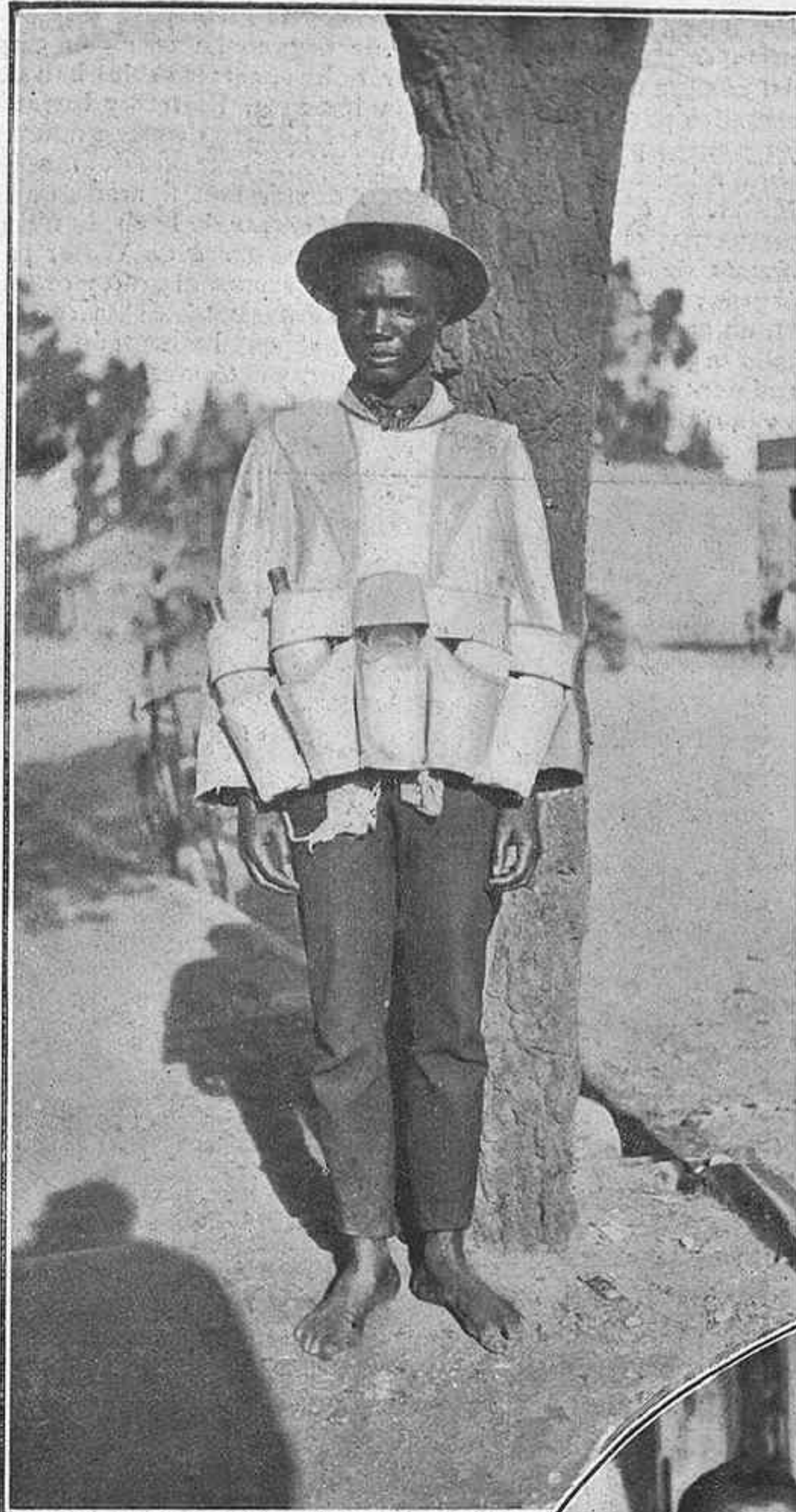


Zulú haciendo un trabajo manual

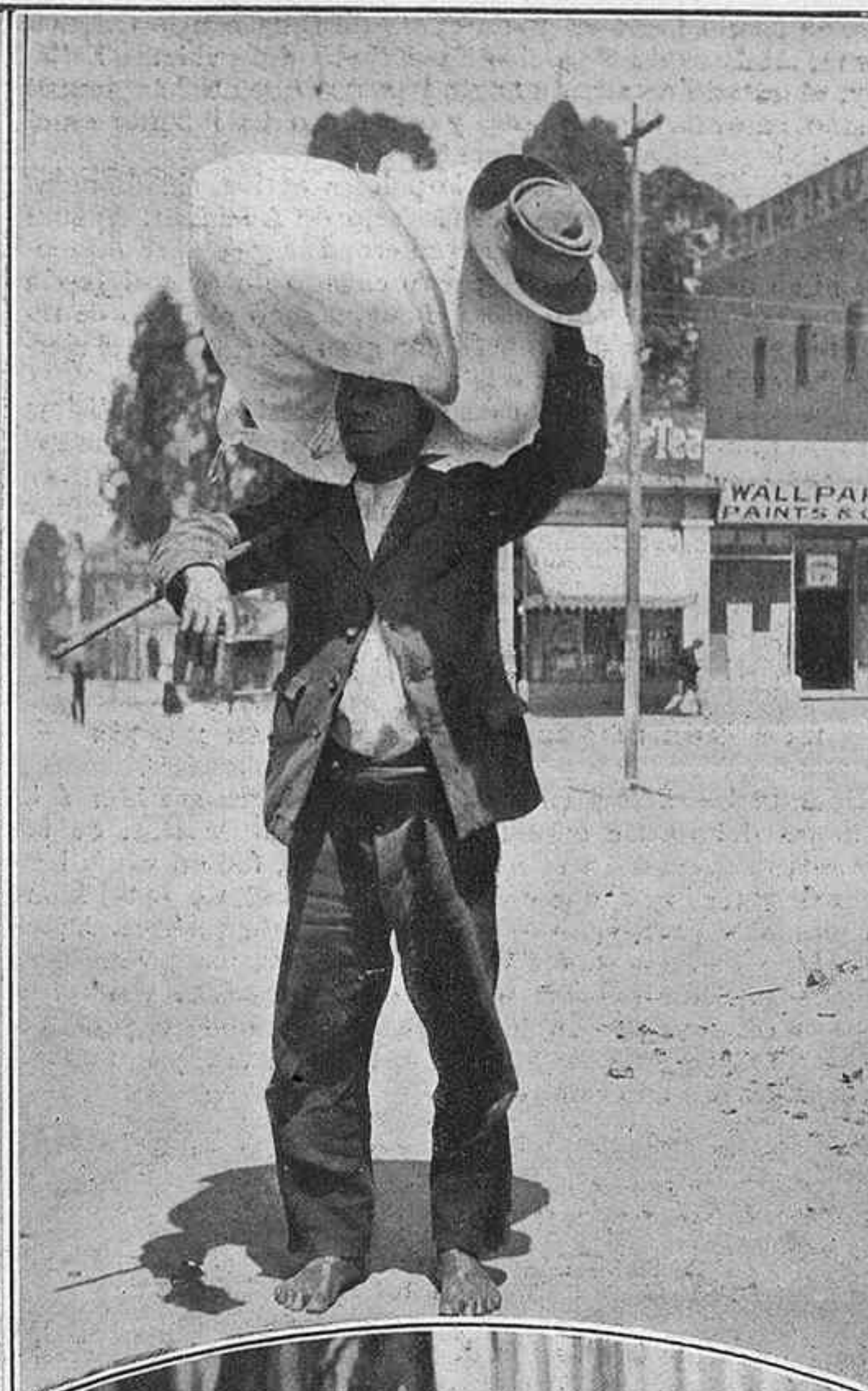


Hechicero y encantador de serpientes

(De fotografías comunicadas por Carlos Delius.)



*Vendedor de leche
Zulú encargado del lavado de ropa en Johannesburgo*



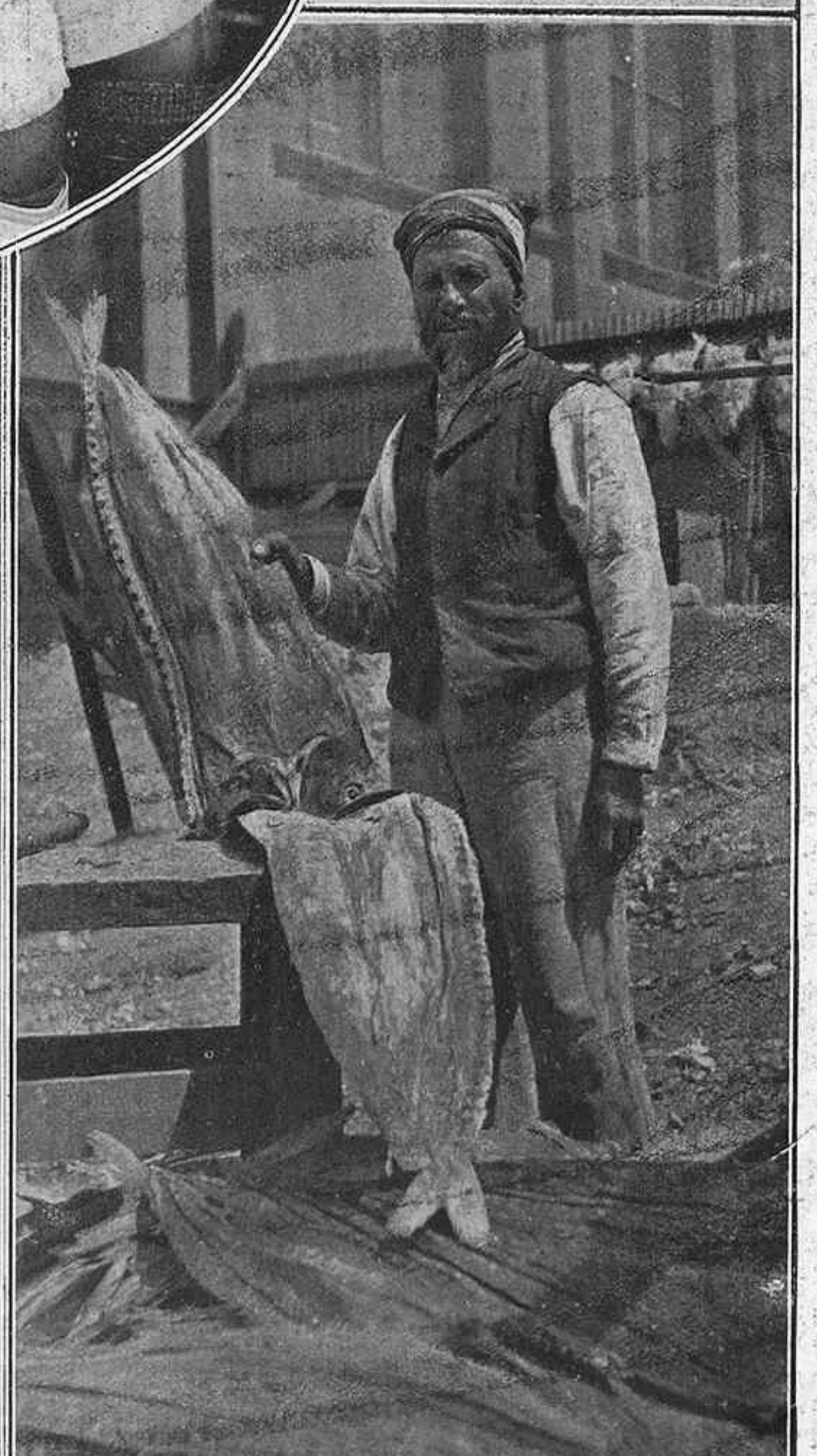
*Vendedor de aves en Capetown
Obreros zulús en un taller de diamantes*



Zulú haciéndose rapar el cabello



Zulú, soldado de Inglaterra



Vendedor de pescado

(De fotografías comunicadas por Carlos Delius.)

EL PRÍNCIPE ITO

El día 26 de octubre último fué asesinado en Kharbine el príncipe Ito, el hombre de Estado indudablemente más ilustre del Japón. Acababa de llegar á aquella ciudad para conferen-



El ilustre hombre público japonés príncipe Ito, que murió asesinado en Kharbine (Mandchuria) el día 26 de octubre último. (De fotografía.)

ciar con el ministro de Hacienda ruso Sr. Kokovtsov, y revisaba las tropas que habían ido á la estación para tributarle los correspondientes honores, cuando un coreano, que se había deslizado entre la colonia japonesa allí congregada para saludar al príncipe, disparó sobre éste varios tiros de revólver que le ocasionaron la muerte, hiriendo asimismo á los Sres. Tanaka, jefe de la explotación del ferrocarril del Este chino, y Kawakami, cónsul japonés en Kharbine.

El asesino, que fué detenido inmediatamente, declaró haber hecho expresamente el viaje á Kharbine á fin de vengarse del príncipe, á quien consideraba como el opresor de su país y que había hecho ejecutar á varios parientes suyos.

El príncipe Ito, nacido en 1838, era hijo de una familia aristocrática; á la edad de veinticinco años huyó del Japón, deseoso de conocer Europa, y permaneció un año en Londres, en donde, gracias á su talento, á su espíritu observador y á su facultad de asimilación, inicióse muy pronto en los sistemas de gobierno de Occidente.

De regreso en su patria, consagróse con entusiasmo á la po-

dres, en donde firmó en 30 de enero de 1902 con lord Lansdowne, ministro de Negocios Extranjeros del gabinete Salisbury, el tratado de alianza anglo-japonés, que desde entonces ha sido renovado varias veces y que tanto ha influido en el curso de la política internacional.

Conseguido esto, retiróse de la política activa, siendo nombrado en 1903 presidente del Consejo de Ancianos. Apenas intervino en los sucesos que precedieron á la guerra ruso-japonesa ni en esta guerra misma; pero cuando en 1905 el Japón proclamó su protectorado sobre Corea, aceptó el cargo de residente general, que desempeñó con gran energía y en el ejercicio del cual ha encontrado la muerte.

La noticia del asesinato causó una impresión profundísima en todo el imperio japonés y emocionó extraordinariamente al emperador, que profesaba gran admiración al príncipe Ito, en quien había hallado el más sabio y más leal colaborador para su obra de transformación y regeneración de su patria.

BOULOGNE SUR-MER. - HABITACIÓN Y CAMA

EN DONDE FALLECIÓ EL GENERAL SAN MARTÍN

Durante las fiestas celebradas en Boulogne-sur-Mer á la memoria del ilustre argentino general San Martín, de las que nos ocupamos en el número anterior, fué un verdadero lugar de peregrinación el cuarto en donde falleció aquel hombre eminente que fué uno de los libertadores de América. Aquella habitación modesta fué visitada en tal ocasión por millares de personas; adornábanla solamente tres banderas y sobre la cama en que expiró San Martín habíase tendido el pabellón de guerra de la escuadra argentina, blanco y azul y con un sol bordado en oro en el centro.

EL NUEVO EDIFICIO

DE LA LIGA FRANCESA DE LA ENSEÑANZA

La importante institución de la Liga Francesa de la Enseñanza, fundada en 1866 por Juan Macé, cuenta hoy con un magnífico edificio propio en París, en la calle Recamier. Obra del arquitecto Carlos Blondel, la construcción, con sus líneas sobrias y bellas y severamente decoradas, responde perfectamente al carácter peculiar de la entidad que en ella ha de albergarse.

El nuevo edificio fué solemnemente inaugurado el día 30 de octubre último y visitado aquella misma tarde por el presidente de la República, á quien acompañaban el presidente del Senado, el ministro de Instrucción Pública, los prefectos de policía y del Sena y otros ilustres personajes. Después de haber recorrido los locales del edificio, el Sr. Fallieres fué recibido en el salón del Consejo por el presidente de la Liga señor Dessoye, quien le dió la bienvenida, á la que contestó aquél con sentidas frases, prometiendo á la institución sus simpatías y su apoyo y ensalzando la memoria de Juan Macé, autor de la célebre obra *Historia de un bocado de pan*.

Por la noche celebróse un banquete, á cuyo final brindaron en términos elocuentes el Sr. Dessoye y el Sr. Briand, presidente del Consejo de ministros. Después el ministro de Instrucción Pública distribuyó algunas palmas académicas. Terminó la fiesta con una velada literario-musical, en la que tomaron parte notables artistas.

Credo de la Gran misa en si menor de Bach para orquesta, coros, órgano y solos; la parte de órgano ha corrido á cargo del célebre organista alemán Sr. Schweitzer; los solos han sido cantados por la señora Dachs y los Sres. Bertrán y Navarro, y los coros por el «Orfeo Catalá» El efecto de esta grandiosa obra, admirablemente ejecutada bajo la dirección del maestro Millet, ha sido extraordinario. Además han figurado en los programas el *Preludio y fuga en sol mayor* de Bach, la última *Sonata* de Mendelssohn y la *Sinfonía sacra* de Widor para órgano, y el *Goncierto* de Rheinberger para órgano y orquesta, en cuya ejecución ha alcanzado entusiastas aplausos el citado organista; algunas arias de Bach que ha cantado magistralmente el tenor alemán Sr. Walter, y la *Cantata* 55 de Bach, en la que ha obtenido un nuevo triunfo el «Orfeo Catalá».



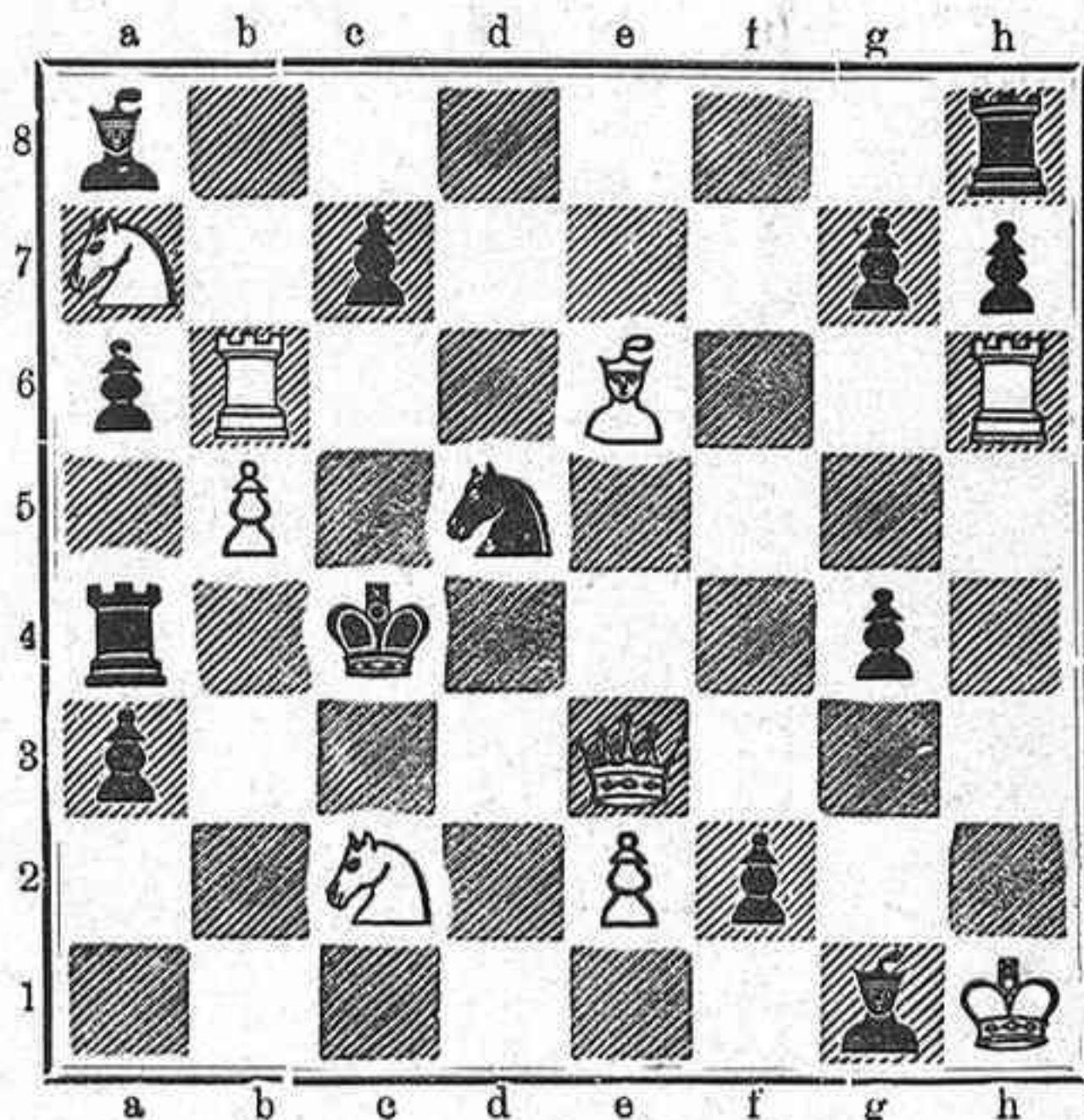
Paris.—Nuevo edificio de la Liga francesa de la Enseñanza, solemnemente inaugurado el día 26 de octubre último. (De fotografía de M. Rol.)

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 531, POR V. MARÍN

Premiado en el Concurso de *Deutsche Schachzeitung*, 1907.

NEGRAS (13 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

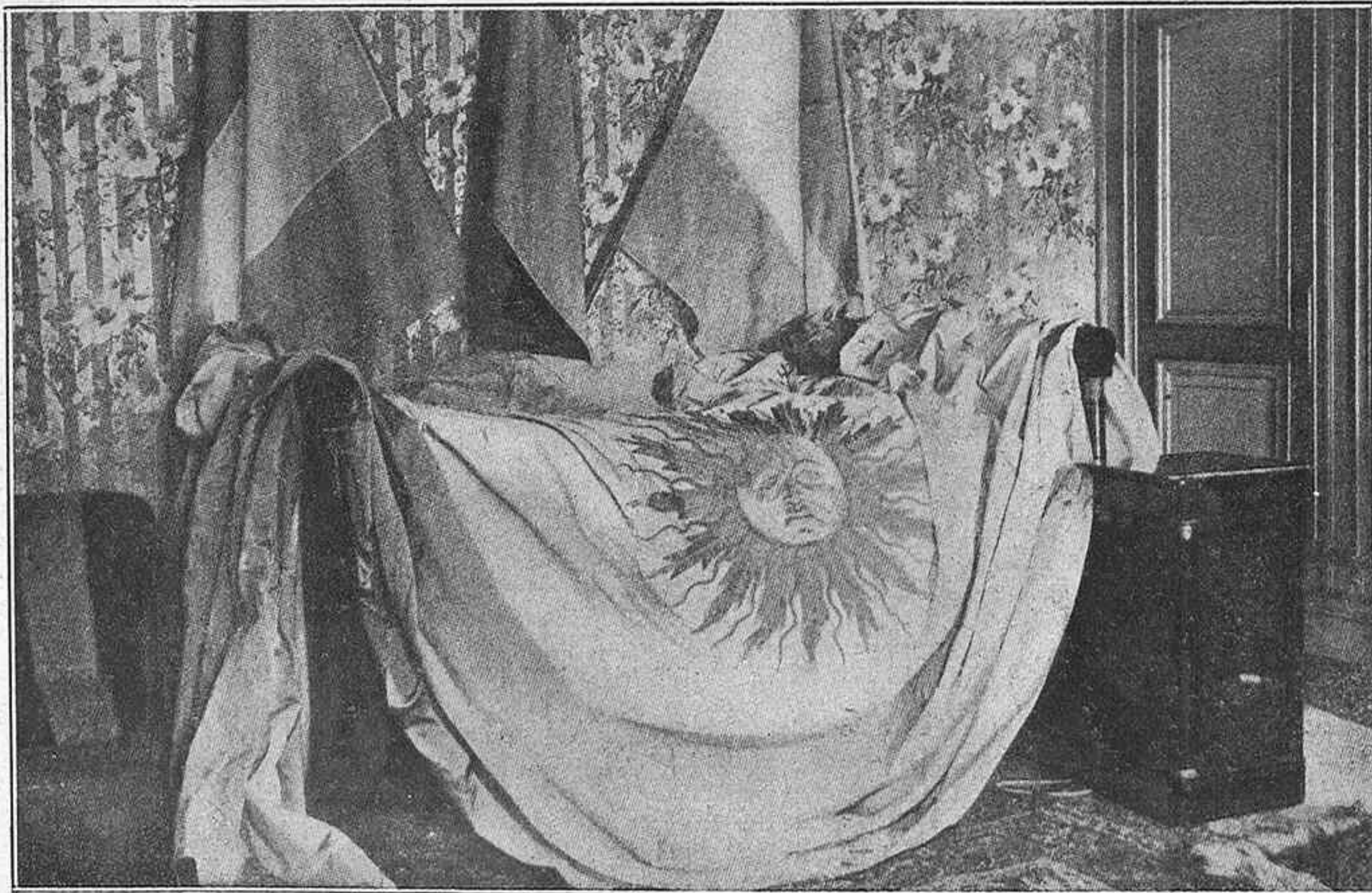
Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 530, POR V. MARÍN

- | | |
|--------------------|--------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. D b2 - b8 | 1. A e5 x b8 |
| 2. C e8 - f6 | 2. e7 x f6 |
| 3. T e3 - e8 jaque | 3. R juega. |
| 4. T e8 - g8 mate. | |

VARIANTES.

- 2..... Otra jug. 3. T e3 - f3 jaq., etc.
 1... f7 - f6; 2. T e3 x e5 jaq., R f4 - g4; 3. T e5 - e4 jaq., etc.
 R f4 - g3; 3. T e5 - e3 jaq., etc.
 1... Otra jug. 2. D b8 x e5 jaq., etc.



Boulogne-sur-Mer.—Habitación y cama en donde falleció en 17 de agosto de 1850 el libertador de América general San Martín. (De fotografía.)

lítica, y á poco de haber subido al trono el emperador Mutsuhito, fué nombrado por éste presidente del Consejo de ministros, y como tal unió su nombre á la promulgación de la Constitución japonesa de 1889 y á la convocación, en 1890, del primer Parlamento japonés.

Jefe del partido liberal, ocupó tres veces distintas aquella presidencia, en la que alternaba con su rival el mariscal Yamagata, jefe del partido conservador.

En 1901 el príncipe Ito, que entonces no era más que marqués, emprendió un viaje á Europa en busca de una alianza para su país; y después de infructuosas tentativas en Francia y en Rusia, vió su empresa coronada por el mejor éxito en Lon-

Espectáculos.—BARCELONA.—Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *El bon rey Dagobert*, comedia en cuatro actos de Andrés Rivoire, traducción catalana de Salvador Vilaregut, para la cual ha pintado bonitas decoraciones el Sr. Ros y Güell; en el Eldorado *El patinillo*, sainete en un acto de los hermanos Alvarez Quintero, música del maestro Jiménez; en el Tivoli *¡Qué Inocencia!*, zarzuela en un acto de Eduardo Aulés, música del maestro Oro; y en el Teatro Nuevo *Fledermaus El murciélago*, zarzuela en tres actos traducida del alemán por Carlos M. Jordá, música de Juan Strauss. **Palau de la Música Catalana.**—Se han dado cuatro conciertos en extremo notables, habiendo sobresalido en ellos el

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Quería huir, puesto que todo había concluído. Ella le detuvo con un gesto, amable y grave á la vez.

— Señor de Guibray, entre novios que se desunen, se acostumbra devolver los regalos. Usted no me ha dado nada, es verdad, pero yo le robé algo que no debo ya conservar.

Y le entregó un papel doblado, que él reconoció á primera vista; era aquel en que escribió la observación del barón Matías sobre las mujeres de su raza, apostillándolas con un «¡Como Ella!» revelador.

El lo aceptó y recibió con temblorosa mano.

Bertilla pronunció con profunda tristeza:

— Adiós... Debiera odiar á usted por tantas humillaciones..., pero no puedo... ¿Piensa usted permanecer mucho tiempo en Guibray?

— Un mes todavía... Luego partiré para no volver.

— Bien: de aquí á entonces, ocultaremos nuestros secretos á la gente, ¿verdad?.. Continuaremos saludándonos á nuestro paso... La estimación queda... Además, no conviene dar que hablar... Yo quería también mucho á su madre de usted... ¡Ea, adiós, caballero! De hoy más somos simplemente dos conocidos.

A su vez, Pedro sintió que le faltaba valor para separarse, y suplicó á Bertilla:

— Señorita... ¡Reniegue de ellos, repúdieles á menos!

— ¡Jamás!

Y fué ella la que se alejó.

Cuando Faulque se enteró de las decisiones de Pedro, enfurecióse de veras.

— ¡Ah!, exclamó; ¡te discuten, te pesan y sompesan, te regatean, muchacha! Se remontan á cuatro generaciones para cubrirte de oprobio. ¿Y quiénes? Unos hidalgos de gotera, arruinados... Yo te encontraré un marido... Un duque, un príncipe, si quieres... Con mis millones puedo comprar un hombre, por alto puesto que ocupe en la necesidad humana... Olvida... Quiero que olvides á ese hidalgo... Es obligatorio... La altivez lo exige... Y yo, con los Guibray, reanudo la batalla... Veremos quién sale perdiendo.

Sin embargo, al encontrar á Valeria aquel mismo día, ante la actitud abatida de la pobre señora, volvió á mostrarse cortés. Además, á ésta la tenía en estima; era una Brussane...

— Y bien... ¡Bonitos estamos!

Ella hizo un gesto vago y contestó:

— Por favor, Sr. Faulque, no complique usted, no encene una situación ya demasiado dolorosa. Espere usted conmigo, cuente con el tiempo y sobre todo con el amor.

— ¡Ah! ¿Entonces usted no renuncia?..

— No, yo no renuncio; yo aplazo... yo quiero creer; Pedro volvió loco; á estas horas ya se arrepiente... Nuestra vida es espantosa.

— Pedro es mudable como una veleta y mi hija es una tonta que soporta sus veleidades. Si ustedes vuelven, será demasiado tarde; yo se lo digo.

— ¡Sr. Faulque!..

— Sí, señora de Guibray.

— Usted sabe que yo no doy importancia á los nombres...

— ¡Oh, usted!.. Si no hubiese más que usted, es taríamos muy próximos á entendernos... Sí, ya lo sé. Y yo mismo, por usted, haría cualquier cosa... Lástima que su padre haya muerto; estoy seguro de que él hubiera hablado.

— Tiene usted razón. Pues bien: por mi padre, por mí, tenga usted calma; que no haya escándalo; que no haya ruptura; daríamos que reír al pueblo... Continuemos nuestras relaciones de vecindad... ¿quién sabe?.. Déjeme usted hacer.

— ¡Sea! Por usted..., pero trabajo me costará poner buena cara.

Después de estos acontecimientos, el barón emitió ingenuamente la intención de dar fiestas.

Continuaba su conquista de la región electoral. Empezaba á obtener adhesiones de campesinos en el pueblo: le faltaba ganar votos en las quintas... Por esto contaba dar recepciones en el viejo castillo.

Después de su mutua ruptura, Pedro y Bertilla, cuando se encontraban por los caminos (cosa frecuente é inevitable), se saludaban gravemente, cambiaban cuatro frases triviales y pasaban.

Sin embargo, ni Clemente ni Bertilla subían ya á la Ruina, y los Guibray pasaban por delante de la verja del castillo nuevo sin llamar á la puerta.

En el exterior, terreno neutral; en el exterior solamente, con manifestaciones de cortesía; pero los hombres se ponían cara seria; tanto más cuanto que Faulque empezaba, como él decía, «á sospechar la entuchada.»

Por claros indicios y diversas conversaciones, adivinó los manejos de su noble vecino; puso atención, observó y ya no-le cupo la menor duda: era evidente; el barón de Guibray no había vuelto á sus tierras, ó mejor dicho á las de su hijo, sino por ambición política.

Quería ser el diputado de la circunscripción; y trabajaba hábilmente, iba ganando votos cada día, y no por obrar sordamente era menos activo.

En su propaganda era ayudado y sostenido por la baronesa, que tenía el don de gentes.

Entonces, ¿dónde estaba la verdad?

No era únicamente el amor de Pedro por Bertilla el que había decidido á sus padres á venir á establecerse en la Ruina restaurada. Quizá habían simulado sentimientos para aprovecharse de las apariencias, siendo el verdadero motivo la toma de posesión de un centro electoral. La comedia era evidente.

Sin embargo, Faulque no se atrevía á acusar de connivencia directa y de hipocresía á aquella baronesa de Guibray, á quien tenía en tanta estima y veneración por ella misma y por sus orígenes. La suponía de buena fe en la aventura, pero engañada por su marido.

En cuanto á Pedro, para Faulque era un desequilibrado que no sabía lo que quería, y giraba al viento de todos los caprichos, así de los propios como de los ajenos.

En el acto, el antiguo amo del país se puso en guardia, no aspiraba al puesto legislativo que la mayor parte de sus conciudadanos le habían ofrecido ya; pero no quería ser juguete, en aquella campaña, de un forastero venido expresamente.

Tenía demasiadas ocupaciones para poder dedicarse á la política, y hubiera eludido las tareas y responsabilidades inherentes á un mandato popular, á una representación que, para ser útil y hallarse justificada, tenía que llevarlo á París, lejos de sus negocios, de sus intereses habituales y de su vida ordinaria; pero se sentía dispuesto á una lucha á toda costa contra el intruso, cualquiera que fuese, y sobre todo porque era el barón de Guibray.

Le parecía inaceptable, odioso, que la comarca volviese á caer en manos de un descendiente de los antiguos señores feudales.

«Sí—pensaba Faulque;—por habilidad, por diplomacia, Guibray se declara liberal. Ya sabemos lo que valen esa clase de personajes. Para obtener su fragios, se deshacen en afirmaciones generosas y en bellas promesas. Una vez elegidos, se quitan la máscara y olvidan sus protestas filantrópicas.»

Los tiempos habían cambiado; la influencia de un diputado en su departamento es muy aleatoria; no vale la de los antiguos nobles.

«No importa—pensaba Clemente Faulque;—por pequeña, por relativa que debiera ser la influencia de un Guibray, diputado liberal, es decir, falso, hay que evitarla, ahorrarla á la comarca entera. Si cada departamento enviase liberales como ese á la Asambleá nacional, el principio monárquico no tardaría en triunfar sin peligro y ¡adiós República!..»

Por consiguiente, ¡guerra! Por consiguiente, Faulque aceptaría la representación, á costa de sentirlo una vez elegido.

Y presentó su candidatura abiertamente.

Advertido de esta temible competencia, Gilberto se asustó. Había esperado que Faulque no aceptaría, porque desdeñaba y evitaba la molestia de los cargos públicos.

Adivinó que si Clemente reivindicaba sus derechos y multiplicaba sus probabilidades, era porque había comprendido la maniobra de un adversario á quien se proponía batir en nombre de los principios y á causa de las personalidades. Guerra íntima y general á la vez; caídas las máscaras, ambos adversarios se observaban recíprocamente con igual irritación.

Con tales ideas, era difícil que se pusiesen buena cara, y mucho menos que trataran de sonreírse sin enseñarse algo los dientes.

Así, pues, los habitantes del viejo y del nuevo castillo se hallaban en presencia, acampados en sus respectivas posiciones.

Tres siglos atrás, en circunstancias análogas, hubieran marchado en guerra unos contra otros y se hubieran devorado.

En nuestra época, cambiaban hipócritas cortesías. Con el progreso, la hipocresía ha reemplazado á la violencia.

A mediados de septiembre, el barón Gilberto Le Tenant de Guibray lanzó invitaciones, abriendo de par en par las puertas del antiguo caserón.

La época de las cacerías explicaba y favorecía aquellas nobles reuniones.

Clemente Faulque adivinó las intenciones ocultas y contestó con procedimientos iguales. Convidó también á la alta sociedad de la comarca á brillantes fiestas que, en su casa, tenían precedentes casi anuales.

Y sucedió que si los Guibray, por su cuna, por su antiguo parentesco con los hidalgos de los alrededores, vieron acoger con alegría sus invitaciones á las reuniones anunciadas, los mismos personajes, asiduos concurrentes al castillo viejo, no concurrían con menos asiduidad á las fiestas del castillo nuevo, á cuyos dueños conocían y trataban desde hacía muchos años.

Toda ocasión de divertirse es buena, sobre todo en provincias. Todo el mundo aceptaba con gusto las invitaciones de una y otra parte.

Así mezclados por sus relaciones directas, los Faulque y los Guibray, amigos en apariencia, tuvieron que convivir mutuamente á sus fiestas recíprocas; y desde entonces, como se encontraron también los días en que los castillos vecinos devolvían el obsequio, apenas se separaron.

Como el gentío era grande, cada cual podía aislarse, á pesar de todo; pero los contactos eran frecuentes; no se perdían de vista unos á otros, y todo acto era en seguida notado, juzgado y comentado.

En medio de aquel ruido, de aquel brillo, de aquel movimiento diario, el caballero Pedro paseaba su triste figura... No podía olvidar, ni dominarse; maldecía á su padre y sus ambiciones. Veía siempre á Bertilla á cuatro pasos, y á su suplicio de un amor imposible se unió pronto el de unos celos absurdos, injustificables, pero irrepresibles para aquel espíritu enfermo.

Bertilla triunfaba, físicamente al menos, sin quererlo sin duda, por la única fuerza de su magnífica berosura.

Veinte jóvenes de noble familia también y de alto porte le rendían homenaje, seducidos, alucinados por su gracia constante, tentados por sus millones; millones reales, sólidos, en buenas tierras, en rentas seguras, fuera de todo riesgo y de toda especulación aleatoria.

Era la heredera más rica de la comarca, y también la más hermosa. Los cortesanos rivalizaban en persuasión, en obsequiosidad, en gestos aduladores, en actitudes prosternadas.

Vivía en una atmósfera caldeada; lejos de evitarla, se complacía en ella, por una necesidad de desquite, con la amarga alegría de hacer ver al que la desdeñaba de qué manera los demás, todos los demás, buscaban su sonrisa, sus menores palabras y ansiaban ardientemente ser *distinguidos* por ella.

Quizá esperaba determinar así algún cambio brusco en cierta alma vacilante, angustiada é insegura, pues á pesar de los bochornos y de las cóleras, la pobre muchacha, que no sabía vencerse á sí misma, permanecía fiel á sus afectos.

Valeria, inteligente, veía más lejos, y la estimulaba en secreto á ese papel de *vibrancia* y de coqueteo, con el mismo objeto, con la misma idea.

Codiciada por otros, Pedro debía desearla más, y por orgullo, por aquel orgullo que era su eterno defecto, debía detenerla para sí, reivindicando sus derechos de primer novio.

La prueba era peligrosa, pero podía conducir á la alegría de las grandes efusiones.

Vino una serie de días y de noches tumultuosos; los corazones lastimados continuaban su desolación á través de almuerzos y comidas animadas, cacerías, paseos por el río, bailes, música y canto; y en aquel torbellino los sufrimientos se cruzaban.

Entre los caballeros más igualmente asiduos á las recepciones de los dos castillos; entre los más jóvenes y agradables, que se llamaban los marqueses de Courtray y de Rolleboise; los condes de Moissons, de Lavacourt y de Saint Cyr; los vizcondes de Ferriol y de Villiers; los barones de la Marche y de Ambreuil, había cierto conde, Enrique de Grandlys de Ausonne, á quien Pedro detestó desde el primer encuentro.

Lo cual equivale á decir que este Enrique de Grandlys era de simpática figura y de viva inteligencia.

Pasaba el verano en una especie de posada de cazadores, instalada en un pabellón Luis XIII, al otro lado del Sena, cerca de la Roche Guyon.

Decía que era rico.

En París, durante el invierno, vivía en grande, relacionado con el mundo artístico. Tendría unos treinta años, pero se conservaba esbelto y ágil, aun que de apariencia muy robusta.

Conocía á los Faulque desde hacía años; sin embargo, aquel verano, al ver de nuevo á Bertilla, la contempló largo rato con una expresión de sorpresa, como si se revelase á él por primera vez.

La encontraba bonita como antes, pero con algo más; la niña se había hecho mujer. Y aquella cosa indefinible no era más que la marca de una pasión contrariada.

Desde entonces se convirtió en la sombra de Bertilla; y todas sus palabras, todos sus gestos, todos sus actos, no tenían más objeto que la hija de Clemente Faulque.

Ésta lo notó en seguida, y no le desagradó representar su comedia con tal actor de buena fe.

Pedro le vió evolucionar con creciente aversión. No por haber roto con Bertilla entendía que ésta perteneciese á otro. Así era su lógica.

Al decirle «Cátese usted..., olvideme...», contaba con que nada de esto haría. Desde el momento que él sufría á causa de ella, le parecía justo que ella sufriese á causa de él, sin querer reconocer que era único autor responsable de su mutuo sufrimiento.

A la idea de que Bertilla pudiese olvidarlo y amar á otro, y entregarse á él (sobre todo cuando ese otro tenía un cuerpo y un nombre), apoderóse de Pedro una rabia silenciosa.

Y tras de Grandlys, siguió á su vez á Bertilla para vigilarla, para recordarle con su presencia que por desligada que estuviese, seguía siendo virtualmente su prisionera.

Desde aquel momento Bertilla, lógica y caritativa, no desperdició una sola ocasión de exasperarlo.

Bien acogido el vizconde Enrique, que tenía también buena opinión de sí mismo, creyó la partida ganada y obró como compañero preferido.

Lo más lastimoso era que éste había puesto en Pedro una amistad que iba de cada día en aumento. Sus dos familias habían emparentado vagamente hacia el año 1660. En aquella época, un Guibray se casó con un Grandlys de Ausonne... Tan bien enterado como Pedro de su árbol genealógico, Enrique había hecho valer en seguida aquel parentesco.

El barón Gilberto, contentísimo de encontrar un partidario dondequiera que fuese, agasajó mucho al vizconde. Éste no se movía del castillo viejo, más que para ir al nuevo, lo que hacía con frecuencia.

Pedro, colmado de demostraciones afectuosas, no tenía más remedio que corresponder, ¡pero de qué mala gana lo hacía! Odiaba á su señor primo y se veía obligado á devolverle sus cortesías.

Transcurrió algún tiempo dejando las pasiones frente á frente: las declaradas y las no declaradas; las conocidas y las desconocidas; nada variaba aún.

Los personajes de nuestra historia seguían comiendo bien y bebiendo mejor, riendo y cantando; cazaban de día y bailaban de noche, á pesar de las fatigas. La noche era breve, y volvían á empezar el día siguiente.

Era un ir y venir continuo de breaks y mail-coachs por la polvorienta carretera.

En el silencio de la noche, sonaban con frecuencia trompas de caza, llamando y contestando de castillo á castillo..., y el río reflejaba la luces que salían por las altas ventanas de la Ruina ó la casa Faulque.

No quedaba tiempo para reflexionar entre las monterías ó cabalgatas y los bailes.

Clemente Faulque rebotaba de alegría; tenía ahora su elección segura; de todas partes le llegaban adhesiones y súplicas en masa. Esto no se le ocultaba á Gilberto, quien aunque á pesar de todo no perdía las esperanzas, mostrábase muy contrariado.

Lo que tenía sobre todo encantado al padre de Bertilla, era el ver á Ausonne tan rendido á los pies de la muchacha. Aprobaba abiertamente aquel proyecto de matrimonio, aceptando con los brazos abiertos á aquel yerno llegado tan á propósito.

Tal desquite era oportuno. Clemente se alegraba infinito de probar á aquellos nobles imbéciles que otro noble, tan gran señor como ellos, y primo de ellos por añadidura, no desdenaba aliarse con los Faulque.

Pero, en el fondo, dudaba del corazón de su hija; pensaba con disgusto que Bertilla conservaba la memoria *del otro*, del caballero Guibray, sin lo cual, Clemente hubiese reventado de alegría.

Fuese por esperanza ó fuese por malicia, alentaba al vizconde con mil atenciones.

Y esto también hacía rabiar á Pedro, el único que ponía cara lastimosa en medio de la general alegría.

Había también mujeres jóvenes y deseables, muchas risueñas, de siluetas tentadoras; é. las evitaba, huía de ellas, taciturno y sombrío. No sabía disimular ni fingir; no tenía nada de comediante; era incapaz de responder á las ironías burlescas de Bertilla con otras iguales.

Se desesperaba, sinceramente, furioso de desesperarse.

No se tardó en dar por sentado que Pedro de Guibray era una especie de original, medio loco, que no debía contar. Muchos sentían que fuese tan raro, á causa de su buena figura. Hasta en su casa se mostraba insociable.

En cambio, Enrique de Grandlys de Ausonne era el hombre admirado y solicitado, el héroe de todas las fiestas, el conductor natural de los regocijos y las farándulas.

Era alegre y bullicioso, y su alegría comunicativa arrastraba á los espíritus más reacios.

A menudo divertía con sus ocurrencias á la misma Bertilla, que se admiraba de este fenómeno, pero quedando agradecida al que sabía disipar sus penas, arrancarla á sus meditaciones y obligarla al olvido de un instante.

Una mañana, solo con Pedro, bajo los tilos del paseo, el vizconde se abandonó á las confidencias.

—Mi querido primo, ¿qué piensa usted de la señorita Faulque?

A esta pregunta, el eterno torturado se estremeció; pero, reembozado en su papel de indiferencia altiva, replicó en el acto:

—¿Yo? No pienso nada.

—¡Ah!, exclamó Enrique.

Calló un instante y repuso luego en voz baja:

—Es verdad; hace poco tiempo que usted la conoce. Yo le he visto crecer; cierto es que apenas me fijaba en ella, porque difícilmente nos figuramos que las niñas se hacen mujeres... Pues bien, querido, este año, al verla, quedé sorprendido y encantado. La niña del año pasado se ha transformado en pocos meses de una manera verdaderamente interesante. Tiene un no sé qué de nuevo en los ojos, en el conjunto de sus facciones, en sus actitudes; el caso es que emana de ella un fluido de pasión. Es una muchacha admirable... Usted es mi amigo; no vacilo, pues, en confesarle que estoy locamente enamorado de ella. Un solo punto me preocupa, y es que es demasiado rica.

—Eso no es un obstáculo..., al contrario, dijo Pedro con sardónica sonrisa, complaciéndose en sufrir más; usted no carece de fortuna.

—Es verdad, pero poco comparable con la suya... En fin, ¿cree usted que si me atreviese á pedir su mano podría obtenerla?

—Poco arriesga usted con probarlo. Y sin arriesgar algo no se puede obtener nada. Además, yo creo que Clemente Faulque se alegraría de casar á su hija con un noble como usted. Para ello tiene sus motivos; y ese republicano rojo emparentaría gustoso con una familia aristocrática.

—¡Oh!, repuso Enrique. En el día esas cosas tienen poca importancia. La aristocracia no es más que un recuerdo; cede el paso al dinero vencedor; el ejemplo está en todas partes. Las hijas de banqueros judíos se casan con príncipes cristianos, y nuestros duques van á buscar mujer en las tocinerías de Chicago. Ya no hay más rey que el rey Billón; pero éste cuenta tantos partidarios como seres hay en la tierra... No importa... Usted me da ánimos; muchas gracias. Y si, más tarde, mis esperanzas se realizan, no olvidaré nunca que en casa de usted habrá nacido mi felicidad... Siempre le conservaré á usted un puesto de preferencia en mi corazón, mi queridísimo camarada...

—¡Cuánto me alegro!, replicó Pedro cada vez más trágicamente satisfecho del papel que desempeñaba. ¡Vamos, no vacile usted..., dése prisa..., declárese usted!

Y se admiraba á sí mismo de dar tan buen consejo. Admiraba su estoicismo y calculaba también que semejante prueba sería concluyente; que si Bertilla despreciaba al joven y gallardo vizconde, tan festejado por todo el mundo, sería que ella le pertenecía irremisiblemente á pesar de todo.

Y aunque seguía considerando, cada vez más, el acuerdo entre ambos como inverosímil, no hubiera sentido ver comprobada aquella sublime abnegación.

Puesto que ninguna otra mujer era capaz de distraerle á él de su quimérica pasión, le parecía justo que, por su parte, Bertilla permaneciese firmemente fiel á su primer amor, á pesar de verse desdenada, por razones que solamente ella debía comprender y aprobar.

Esperó, febril, el resultado de las gestiones de Grandlys. Sin duda éste no se atrevía aún, y andaba con dilatorios, pues transcurrieron días sin que nada se vislumbrase, cosa que aumentó la inquietud y la silenciosa angustia de Pedro.

Sin embargo, tomaba parte, aunque como simple espectador, en las fiestas del caserón de Guibray, del palacio Faulque y de los castillos vecinos, abiertos é iluminados á su vez; pero en todas partes eran siempre los mismos personajes que se movían en un cuadro diferente; las pasiones en juego eran las mismas, y los contactos obligados eran esperantes.

Cuando, en los salones, profusamente iluminados, Pedro se paseaba como un fantasma, no hallaba nada en aquellas fiestas que no chocase su vista y lastimase su corazón.

Aquellas viejas marquesas y condesas se zanzaban de gusto al son de la orquesta, lo mismo en el castillo de Guibray que en casa de Faulque.

Todas parecían libres de las prescripciones antiguas; y quizá sus secretas preferencias eran más bien para el burgués archimillonario que para los castellanos de la Ruina, mal reedificada, de sospechoso y duro aspecto con sus cicatrices.

Aquellas nobles damas, Courtray y Rolleboise, Lavacourt y Ferriol, se extasiaban conmovidas cuando Bertilla Faulque y Enrique de Grandlys pasaban, vertiginosos, bailando el vals.

Y Pedro, que no podía bailar sin sofocarse en seguida y sin marearse á punto de desvanecerse, enviaba secretamente á aquel intrépido bailarín que conquistaba los corazones con la agilidad de sus pies.

Le envidiaba y le odiaba también, comprendiendo que de hora en hora el simpático vizconde se imponía un poco más como rival temible.

Y las señoras murmuraban siempre detrás de Enrique y Bertilla, abanicándose pausadamente:

—Parecen haber nacido el uno para el otro.

Pedro oía aquellas observaciones, que no caían en saco roto.

A sus pesares y á sus celos se unió otro sentimiento que le trastornaba cada noche. Bertilla, en traje de baile, revelaba nuevos encantos, y á él le escandalizaba que mostrase tanto de sí misma á aquella multitud de extraños; la deseaba más en su ataviado esplendor; pero comprendía también que lo que él experimentaba debía experimentarlo igualmente aquel maldito Grandlys, su amigo.

Entonces, presa siempre de cien ideas contrarias, se volvía loco, ora tentado de detener bruscamente á la muchacha, en medio de la fiesta, gritándole: «Ven. Sólo nosotros nos amamos de veras,» y arrojando así, como una máscara inútil, como una prenda de ropa vieja, aquellos estúpidos escrúpulos de que iba á morir; ora declarándose á sí mismo, con una sonrisa byroniana: «Está bien, más vale así; que se case con él, pero que acaben de una vez, ¡por Dios! Sí, acabemos de una vez con todas las incertidumbres y variaciones de alma. Cuando sea vizcondesa de Grandlys, no tendré más remedio que olvidarla... No pido otra cosa.»

En esto último mentía. Vizcondesa de Grandlys, él la hubiera amado lo mismo.

Una noche, no pudo más.

Era en casa de Faulque; Bertilla había bailado seis veces con el vizconde, que se afirmaba decididamente como novio declarado.

Aquella noche de septiembre era pesada y calurosa todavía; después de cada baile, los grupos se acercaban á las ventanas abiertas ó á las puertas del jardín, buscando en su fatiga un poco de aire fresco para respirar á gusto.

Pedro se acercó melancólica y lentamente á la señorita Faulque.

Hacía mucho tiempo que no había encontrado la ocasión de hablar á solas con ella, pues siempre la rodeaba su corte de adoradores; los Saint Cyr, los Ambreuil y demás, y la escoltaba sobre todo el que parecía ser el elegido de su corazón, Enrique, el eterno Enrique.

¿Leyó ella en sus ojos la muda súplica? Quizá. Lo cierto es que se apartó dirigiéndose hacia los salones desiertos y la serie de galerías.

Él la siguió.

Una vez aislados, lejos de todo el mundo, Pedro empezó:

—Señorita, ¿es verdad?

—¿Qué?, replicó ella impaciente, pues á pesar de ser juiciosa, se le iba la cabeza en medio de los triunfos, y de tal manera lisonjeada, perdonaba menos al que la desdénaba, cualesquiera que fuesen los motivos de aquel desdén relativo.

Él repuso:

—¿Es verdad que el Sr. de Ausonne tiene el don de gustarle á usted? ¿Debo prepararme á morir de pena?

Ella replicó sin ambages:

—El único responsable es usted... Me parece que le esperé bastante... El Sr. de Ausonne es un perfecto caballero que no se avergüenza de casarse con una Faulque, hija de Faulque. Y es tan noble como usted...

—¡Bertilla!, exclamó Pedro perdiendo toda razón por exceso de sufrimiento; yo creía que tenía usted un alma más generosa.

—Pues entonces, parece que se equivocó usted respecto á mi especie de alma. ¡Tanto peor! Por lo demás, usted pasa el tiempo en equivocarse... Yo no lo puedo remediar...

Al decir esto frunció duramente el ceño, con una expresión que sólo había visto en él una vez, en la época, ya remota, en que se desafiaban mutuamente, en las ruinas del granero de la sal...

Pedro se espantó, y murmuró en voz baja, ahogada por la angustia:

—¿Entonces es verdad?... ¡Ah!, Dios mío!

Al oír este grito de aflicción, ella se estremeció, é iba quizá á contestar con frases mejores, cuando sobrevino alguien gritando:

—¡Señorita Bertilla! ¡Señorita Bertilla!

Era el señor vizconde de Grandlys de Ausonne, que corría en busca del astro de sus ojos.

Sin parecer extrañado de aquella conferencia á solas, en su desprecio de todos los demás jóvenes y sobre todo de su pariente Guibray, á quien consideraba como enfermo y de poca importancia como rival, ofreció el brazo á la señorita Faulque.

—Por favor, venga usted; todo el mundo la espera... Prometiéndole usted cantar... y se mueren de impaciencia... ¡Y yo se lo suplico!

Bertilla miró á Pedro, pálido, con las facciones contraídas. Y fué mala á su vez.

—¿Lo prometí? Entonces, vamos, dijo.

Y se fué del brazo de su fiel galán, que manifestaba en voz alta su adoración.

Pedro siguióles, atraído magnéticamente, experimentando la feroz alegría de sufrir aún más. Y en

secreto hizo á Bertilla el homenaje de aquel nuevo dolor, como una reparación.

Al aparecer con el que llamaban ya su novio, un

un ardor sombrío, miró fijamente al pobre Guibray, orgulloso de su raza.

Este bajó la cabeza, herido en el corazón; mágica-

mente domado por la música y por la mujer; asimilándose al Hércules hebreo, al Sansón formidable, el último de los Guibray lloró en su debilidad, declarándose vencido.

Al día siguiente, vagando al azar por los caminos próximos al castillo nuevo, vió venir á su encuentro á Clemente Faulque en persona.

Satisfecho de sus desquites sucesivos, éste hacía días que declaraba no hacer caso «de los señores de la Ruina.» Su hija, adulada, se había vengado de ellos, y él estaba seguro de ser elegido diputado, contra todos los barones de la tierra.

Así es que ordinariamente pasaba sin honrar á Pedro más que con un pequeño saludo insignificante.

Pero esta vez (sin duda Bertilla había hablado), se detuvo é interrogó al joven, cara á cara:

—D. Pedro, ¿no tiene usted nada que decirme?

—No, Sr. Faulque, balbuceó el interpe lado, sorprendido de sopetón en su sueño.

—Peor para usted, replicó Clemente.

Y pasó.

Pedro tuvo un instante un deseo loco de correr en pos del padre de Bertilla; pero el orgullo, el irreductible orgullo, le detuvo otra vez y se quedó atontado en medio del camino.

Después de esta insinuación, nuevamente rechazada, Bertilla, puesta sin duda al corriente de lo ocurrido, pareció inclinarse definitivamente hacia un acuerdo perfecto con Enrique de Ausonne.

A pesar de ver que sus esperanzas de candidato triunfante iban desvaneciéndose cada día más, el ba-

rón Gilberto aumentaba sus esfuerzos de propaganda.

En este sentido resolvió dar una gran fiesta campestre, á la cual iba á convidar, no sólo á los señores de la comarca, sino también al mismo pueblo soberano. Soñaba con ágapes fraternales reuniendo á nobles y plebeyos, es decir, á todos los electores.

Imaginó, pues, un vasto almuerzo en la orilla del río, en un campo de su propiedad.

Con caballetes y tablas se improvisaron sobre el césped larguísimas mesas colocadas en forma de herradura, y como en los buenos tiempos, el señor y sus nobles convidados habían de ocupar los centros, alineándose los vasallos en las alas.

El barón hizo venir gran cantidad de vituallas de Mantes y de París; vació su bodega; sobre la hierba rodaron toneles de vino. Tratábase de reproducir los bellos jolgorios feudales en que el buen señor daba á probar á sus vasallos el trigo, las reses y el vino que les había robado.

¡Prodigalidad con los pobres! Se iba á reír y á cantar.

(Se continuará.)



Era un ir y venir continuo de breaks y mail-coachs por la polvorienta carretera

murmullo laudatorio llenó los tres salones, y la multitud de convidados se apiñó en torno del piano.

Erguida y lenta, Bertilla se acercó á él y dió en voz baja varias indicaciones á su acompañador. En seguida Grandlys se instaló á su lado para volver las hojas de la partitura, cosa que formaba parte de sus pequeños oficios.

Pedro, perdido entre los grupos, se había quedado hacia atrás. Bertilla dirigió una mirada circular á la asamblea, como si buscara á alguien; vió al pobre joven y se sonrió... El piano terminaba su preludeo y ella cantó.

Cantó con su bella voz penetrante aquella aria de la *Dalilah* de Saint Saens que causa estremecimientos hasta á los públicos oscuros.

Y cuando, en el silencio, se desarrolló, amplia y pura, la frase melódica:

Contra el amor su fuerza es vana...

con sus ojos, con sus inmensos ojos, animados de

EL TIRO CONTRA LOS GLOBOS DIRIGIBLES, POR LUCIANO FOURNIER

Desde el momento en que los globos dirigibles son unidades militares como los buques de guerra, la eterna lucha entre la coraza y el cañón toma una forma nueva, una forma aérea, no menos importante que la otra, de la cual difiere, sin embargo, en que los aerostatos no pueden defenderse contra la artillería sino manteniéndose á una altura suficiente, á no ser que el enemigo adopte también una forma aérea bajo el aspecto de torpederos atmosféricos animados de gran velocidad, en cual caso la salvación estará en la perfección de los medios de ataque y de defensa de que aún no podemos tener idea. Actualmente para destruir los dirigibles sólo puede recurrirse á una artillería especial de fácil transporte y con un ángulo de tiro suficiente para poder alcanzar los blancos aéreos; tales son los cañones automóviles.

En Alemania, Inglaterra, Rusia y Austria se han efectuado ya muchos ensayos contra los globos cautivos, y de ellos ha podido deducirse que el tiro de fusil, lo mismo que el de la ametralladora, son ineficaces contra los globos, pero que el de cañón será para éstos muy peligroso siempre y cuando pueda ser debidamente regulado.

Los cañones de tiro rápido caracterizanse, por lo general, por una mayor tensión de la trayectoria de bida á un aumento de velocidad inicial; como el ángulo de tiro es muy limitado, el proyectil no puede alcanzar un globo situado á gran altura. Pero si se aumenta el ángulo de tiro haciendo un agujero debajo de la flecha de la cureña, auméntase la trayectoria y por consiguiente aumenta también la altura de la zona peligrosa para el aerostato.

Los proyectiles explosivos, cuya acción es en extremo enérgica en un radio máximo de 15 metros, exigen una regulación muy exacta y difícil de realizar en un tiro contra un dirigible; en cambio, los proyectiles llenos de balas tienen una zona de acción mayor. Para alcanzar el globo bastaría, pues, remontar el punto de explosión en la trayectoria, debiendo el cañón estar montado en una cureña especial que permita apuntar en todas direcciones y bajo grandes ángulos, utilizando un mecanismo consistente en hacer girar la pieza alrededor de la culata y equilibrarla por medio de recuperadores convenientes. En estas condiciones, el globo podrá ser alcanzado á grandes

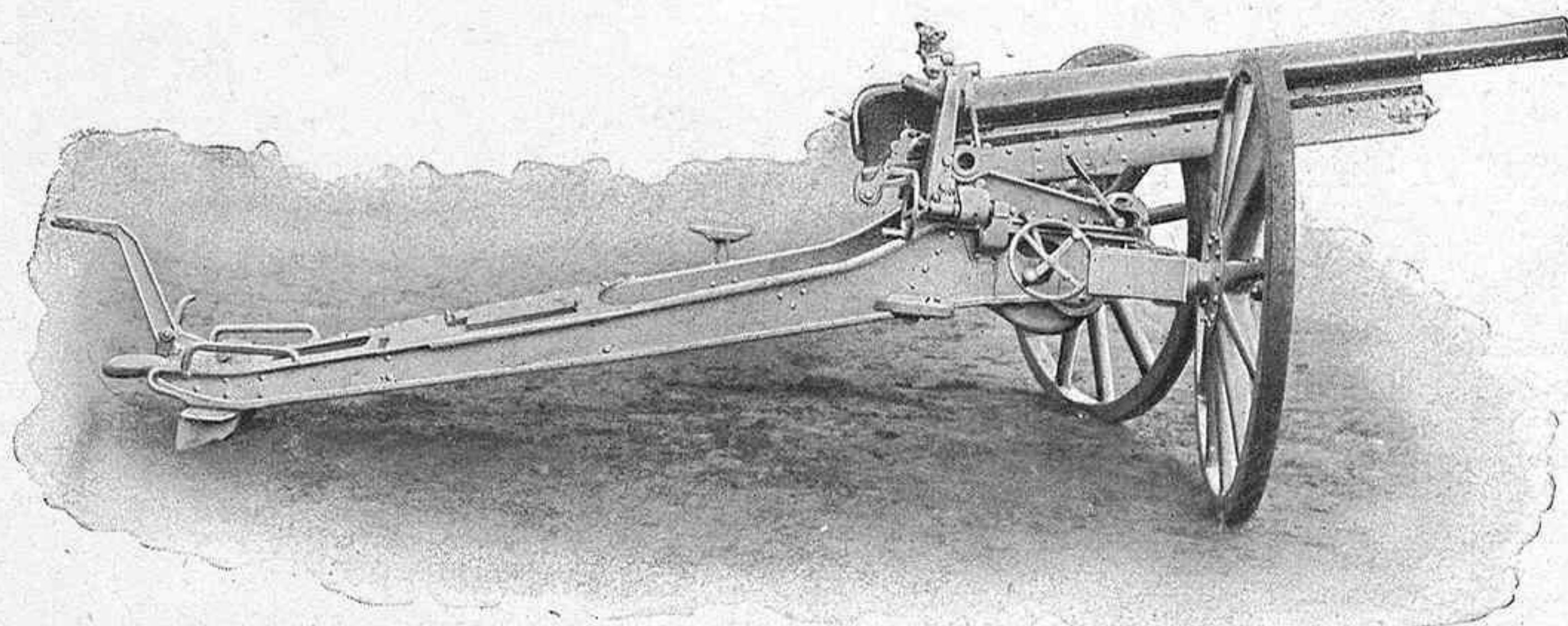
alturas y en cualquier dirección, con tal que se halle á una distancia inferior al límite de alcance de la pieza, y gracias á la rapidez de tiro, el cañón acabará

El automóvil habrá de poder realizar en carretera una velocidad de 65 kilómetros por hora y circular á velocidad pequeña en los terrenos difíciles para pasar de una carretera á otra, para lo cual basta un motor 35 40; un motor 60 alcanzaría los 90 kilómetros por hora, velocidad que tal vez será necesaria para compensar la desventaja que tiene el vehículo respecto del globo de no poder marchar en línea recta.

El papel del oficial que manda el aparato consiste, en cuanto el globo está á la vista, en decidir el sentido de la marcha, en lanzarse sobre la pista lo más rápidamente posible utilizando todos los recursos de la red de caminos, abandonando una carrete-

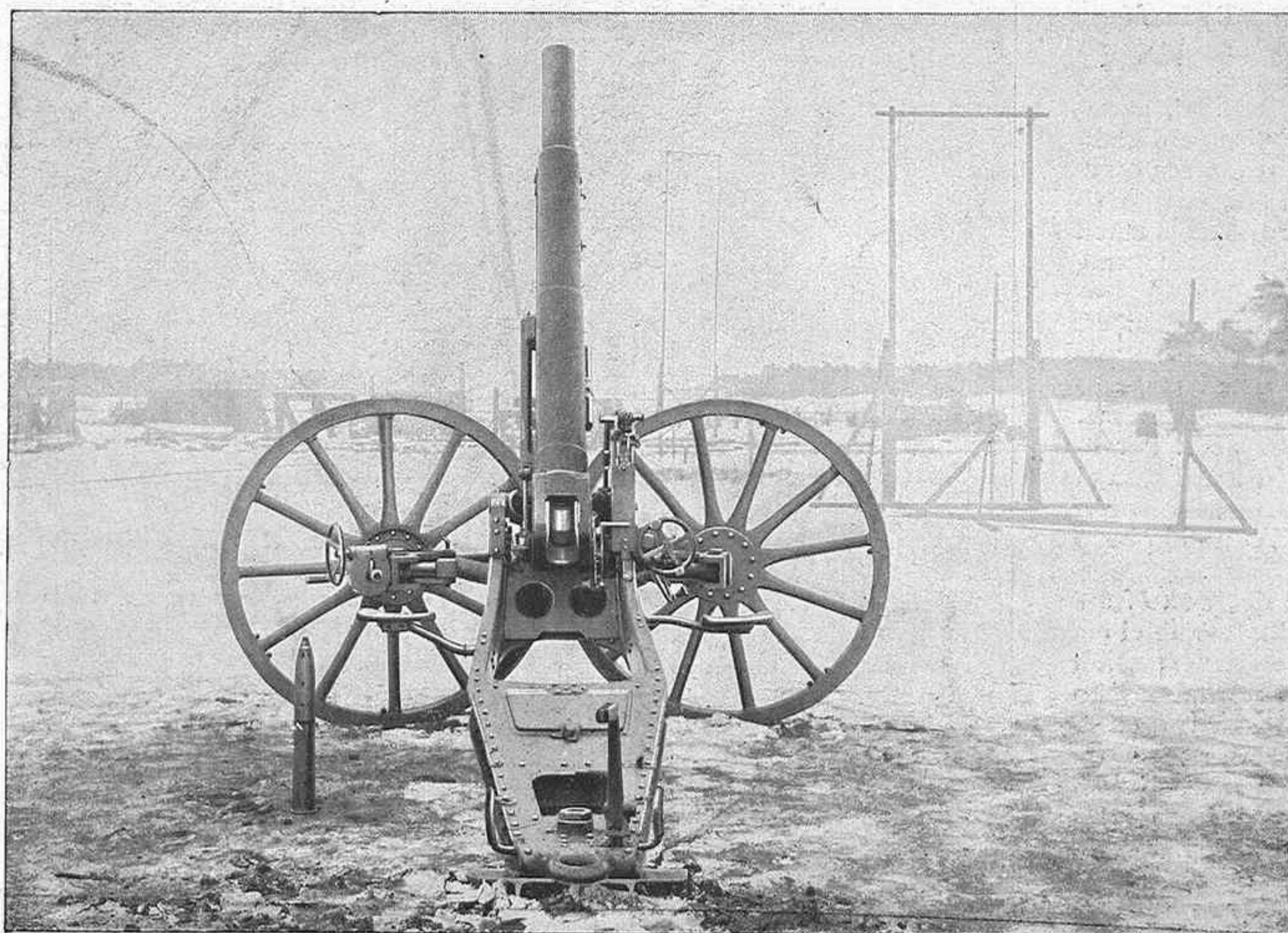
ra para tomar un atajo, etc.; así que el vehículo esté suficientemente próximo, se parará y romperá el fuego.

Reconociendo la urgencia de proseguir el estudio de estos cañones, preciso es admitir que la velocidad y la movilidad de los dirigibles ponen á éstos casi enteramente al abrigo de los proyectiles de artillería; su ataque sólo parece posible por otros dirigibles, llegándose así á la conclusión de que el problema de



Cañón Krupp de 45 centímetros en su cureña de campaña

por vencer al aerostato. Disparando á cuatro distancias sucesivas, con 100 metros de diferencia, tres proyectiles cuya dirección puede variarse de modo que cubran una anchura de 200 metros, en cuanto comience el tiro se obtendrá en el plano horizontal que pase por el globo una zona de unos 600 metros de largo por 200 de ancho, que será enteramente batida por doce tiros hechos en 30 segundos. De modo que si se tiene la precaución de apuntar siste-



Cañón Krupp de 65 centímetros en batería

máticamente el cañón á la proa del dirigible, en el sentido de la marcha, éste no podrá escapar.

El problema del tiro parece, pues, muy sencillo; la cuestión esencial estriba en poseer un cañón dispuesto á romper el fuego contra el globo á una distancia máxima de unos 5.000 metros, es decir, de un cañón de tiro rápido montado en un automóvil. La pieza habrá de ser del calibre de 65 á 70 milímetros y de estar montada sobre una cureña especial, y su peso no habrá de exceder, con el del freno recuperador, de 700 á 800 kilogramos; los proyectiles pesarán cinco kilogramos y deberá tenerse una provisión para 100 disparos. El peso total será de 1.100 kilogramos como mínimo.

El vehículo nada habrá de temer del globo, porque éste no lo verá hasta que haya roto el fuego, es decir, demasiado tarde para que los aeronautas puedan impedir que cumpla su cometido. El armazón podrá reducirse á las piezas esencialmente indispensables, sin protección blindada: su peso no excederá de 1.200 kilogramos, y añadiendo á esto el peso de los recambios, un conductor, tres servidores y un oficial, se obtendrá un total aproximado de 3.000 kilogramos.

la lucha entre el ataque y la defensa constituye un nuevo campo de batalla aéreo.

La primera misión que habrán de realizar los dirigibles, en caso de conflicto, será determinar los puntos de desembarque de las tropas por tierra ó por mar y observar los movimientos de los ejércitos; después procurarán sorprender las direcciones de marcha de las columnas y de las escuadras, la extensión de las alas, la composición y situación de las reservas, las posiciones de la artillería y las obras de fortificación.

En suma, como la acción de los dirigibles se extendería á una zona bien determinada, bastaría para ahuyentarlos diseminar en esa zona un cierto número de piezas de artillería que dominarían, por decirlo así, el aire de encima de la misma. En estas condiciones no puede pretenderse destruir los dirigibles que maniobren encima de la zona militar; á lo sumo puede aspirarse á mantenerlos á una distancia suficiente ó á una altura tal que sus observaciones resulten considerablemente dificultadas. Ahora bien, para reconocer con seguridad la composición de las columnas en marcha desde lo alto de un dirigible es menester que éste no se halle á distancia mayor



Cañón Krupp de 75 centímetros en cureña automóvil

de 10 kilómetros y que se mantenga á una altura máxima de 1.500 metros. Según el reglamento alemán sobre el servicio en campaña, el radio visual de los observadores en globo cautivo no puede pretender hacer un reconocimiento á distancia mayor de siete kilómetros, á no ser que las condiciones atmosféricas sean excepcionalmente favorables. Como se ve, la misión del cañón contra las unidades aéreas se reduce á una acción muy imperfecta todavía.

Veamos ahora qué propiedades particulares han de tener, según los ingenieros de la casa Krupp, los cañones destinados al tiro contra los dirigibles.

Sabemos que el fuego de infantería es ineficaz; por otra parte, los cañones actualmente en uso son insuficientes, porque la dificultad del tiro reside en la extrema movilidad, en todos sentidos, del blanco que ha de alcanzarse; bien es verdad que el blanco mismo es muy vulnerable por su fragilidad y sus dimensiones. Es preciso, pues, que los cañones que se construyan con el objeto concreto de mantener alejados los aerostatos, tengan un campo de tiro lateral ilimitado y de un campo de tiro vertical muy extenso.

El apunte rápido en todas direcciones sólo puede obtenerse mediante una cureña giratoria que pueda fijarse lo mismo en un buque que en un automóvil ó en una base fija; sin embargo, si quisiera aprovecharse una cureña de ruedas, sería preciso recurrir á mecanismos especiales para hacer posibles los cambios rápidos de dirección. La velocidad del apunte ha de calcularse según la del dirigible; admitiendo 15 metros por segundo para éste y efectuándose el apunte á una distancia de 2.000 metros, se requiere una variación de apunte de medio grado aproximadamente por segundo. Verticalmente el campo de tiro habrá de llevarse al mínimo de 60° á fin de poder alcanzar el blanco situado á corta distancia y gran altura. Y para asegurar al cañón que dispare bajo grandes ángulos una amplitud de retroceso

suficiente sin que sea necesario levantar la culata en una posición constante de cambio, los gorriones se colocarán muy cerca y hasta debajo de la culata.

Un mecanismo equilibrador servirá en este caso para compensar la preponderancia de la parte delantera.

La cureña giratoria destinada á un automóvil tendrá una altura de muñonera muy reducida y se utilizará el sistema de retroceso diferencial. En cuanto al calibre, parece absolutamente necesario que no exceda del de las piezas de campaña, y aun conveniría que fuese menor á causa del peso de los proyectiles que han de transportarse en el auto.

Peró si el cañón está destinado á un buque, esta restricción no se impone y aun es conveniente utilizar un proyectil más pesado y de mayor alcance. Por otra parte, las trayectorias han de ser muy tendidas, las velocidades iniciales considerables y las bocas de fuego largas; para ello hay que adoptar un sistema automático de aper-



Cañón Krupp de 65 centímetros en batería para el tiro contra los globos

tura y de cierre de la culata y un mecanismo de mira especial combinado con un telémetro, porque aquí la distancia al blanco no puede emplearse directamente para regular el alza, sino que, por el contrario, es menester disminuir progresivamente el alza que correspondería á la distancia, á medida que aumenta el ángulo de vista.

De manera que las tablas de tiro deberán ir provistas de una columna especial que el oficial consultará para cada disparo; el apuntador seguirá al dirigible en todos sentidos con el antejo de mira, y el servidor de la pieza dispondrá el alza según las indicaciones del oficial.

La cuestión del proyectil es capital. Puede des-

truirse un dirigible produciendo la inflamación del gas, ó imposibilitarlo de cumplir su misión alcanzándolo en sus órganos esenciales. Sábese que la bala de fusil atraviesa la tela sin dañar el aerostato; los cascos de metralla causan desgarros más grandes, pero insuficientes para impedir que el dirigible regrese á lugar seguro. Una bala de cañón que atravesase el globo sería más peligrosa, sobre todo si éste era de armazón metálico; pero el efecto máximo se lograría si se lograba hacer estallar una granada en el interior mismo de la envoltura. Es muy difícil obtener este resultado, pero podría conseguirse la inflamación de los gases poniendo en la punta del proyectil una substancia que inflamase el hidrógeno en cuanto se pusiera en contacto con él.

Los grabados que publicamos representan dos modelos de cañones que la fábrica Krupp construye contra los dirigibles. Sus órganos esenciales, freno de retroceso y cierre automático, son parecidos á los de los cañones de campaña. Provistas de un mecanismo de mira especial, en cuyos pormenores no podemos entrar, estas piezas lanzan un proyectil de cuatro kilogramos con una velocidad inicial de 620 metros.

Los proyectiles empleados y sometidos á pruebas son de dos clases, unos llevan una cápsula de filamento de platino que se pone incandescente al penetrar en el globo por el contacto con el hidrógeno; dará por resultado la explosión del globo. El otro proyectil es una granada fumígena que contiene una materia inflamable; las llamas y el humo salen por unos agujeros practicados

en la base de la ojiva y hacen visible la trayectoria. Habiéndose realizado ensayos en globos cautivos situados á unos 1.600 metros de distancia y 60 de altura, uno de ellos fué alcanzado al segundo disparo y otro al quinto.

Un tiro de esta índole no debe, en efecto, servir de base para deducir que el cañón puede tocar un dirigible en el espacio. La velocidad del globo y la posibilidad de remontarse á grande altura hacen de él un blanco en extremo difícil.

En caso de conflicto, el aerostato no tendrá más que evitar las plazas fuertes enemigas, y sobre todo y ante todo su semejante, que es su único adversario peligroso.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA dirijanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Rougemont núm. 14, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á los Sres. Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona

EXIJANSE. el Sello de la Union des Fabricants y la Firma DELABARRE

Dentición

JARABE DELABARRE

JARABE SIN NARCÓTICO

FACILITA la SALIDA de los DIENTES
y previene todos los accidentes de la primera Dentición.

Establecimientos FUMOUCZE, 78, Faub^g Saint-Denis, PARIS, y en las Principales Farmacias del Globo.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el **HIERRO QUEVENNE**.—Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagran, París, que envía gratis su curioso librito.

REMEDIO DE ABISINIA

EXIBARD

SOBERANO CONTRA

CATARRO — ASMA — OPRESIÓN

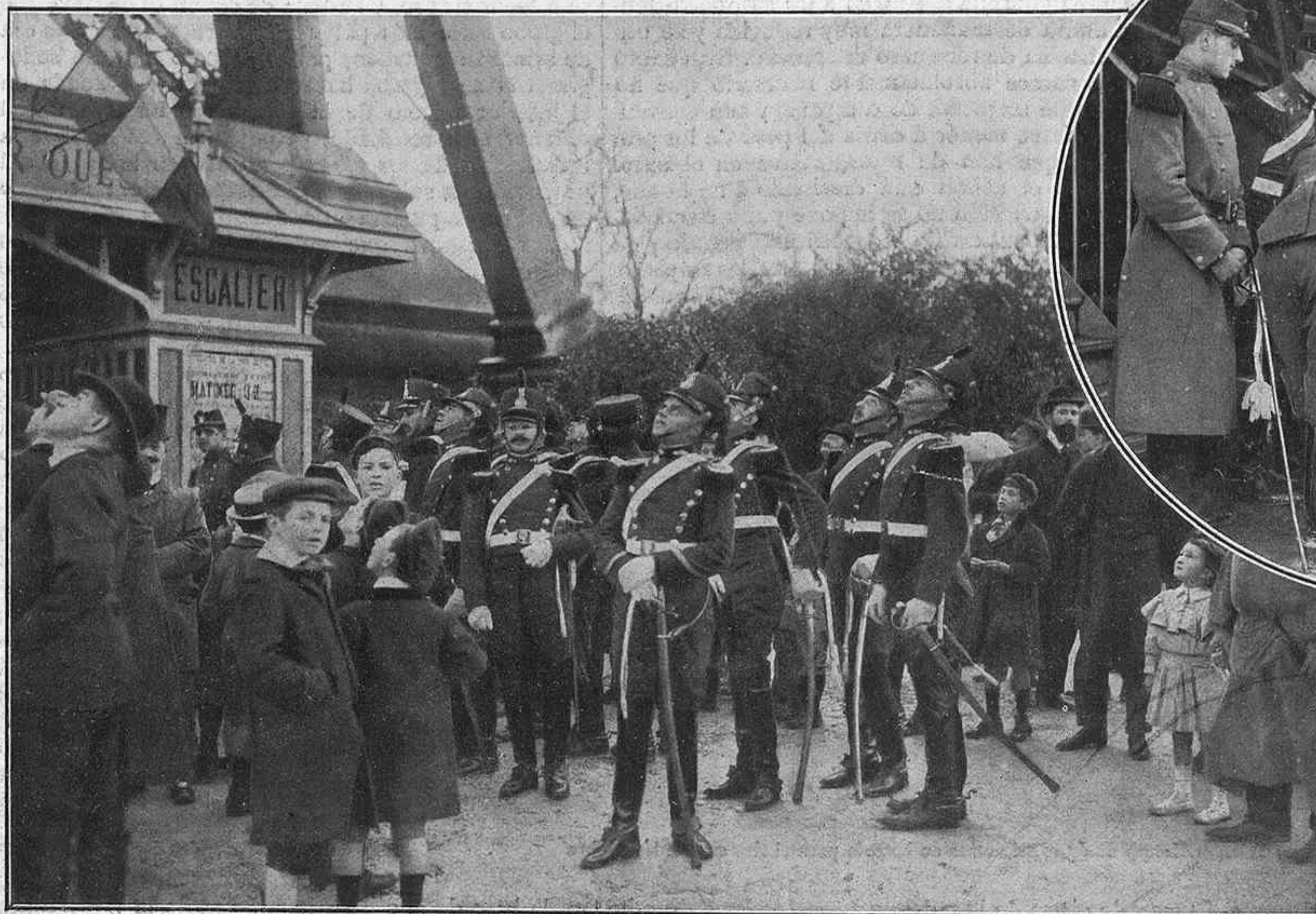
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.

Todas Farmacias.

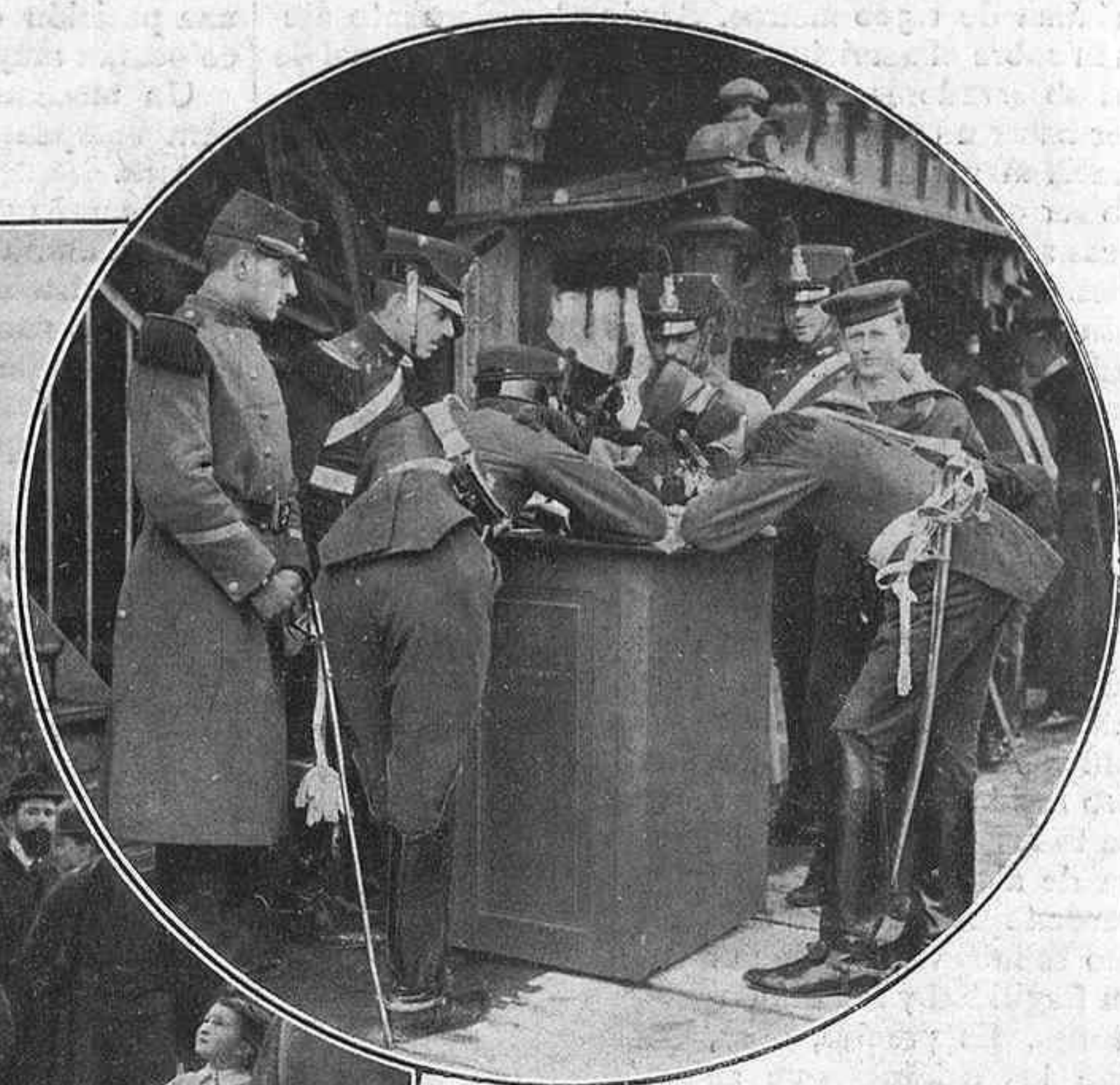
PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILIVORE**. **DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.**

PARÍS.—MILITARES Y MARINOS ARGENTINOS

(De fotografías de World's Graphic Press.)



Los marinos y militares argentinos al pie de la torre Eiffel



Los argentinos escribiendo tarjetas postales en la última plataforma de la torre Eiffel.

Después de haber tomado parte en las fiestas recientemente celebradas en Boulogne-sur-Mer á la memoria del ilustre general San Martín, fiestas de las que nos ocupamos en el número último, los marinos y los granaderos argentinos han efectuado una visita á París. Durante los tres días que han permanecido en aquella ciudad, han sido muy agasajados por sus colegas franceses y han visitado los sitios y monumentos parisienses más importantes.

de granaderos Sr. Santa Ana, cruces de caballero, y otras distinciones honoríficas á los demás oficiales.

Los marinos y militares argentinos, que habían llegado á la capital de Francia el 27 de octubre último, salieron de ella el 30, regresando á Boulogne-sur-Mer, de donde habrán partido el 5 de este mes para Buenos Aires, embarcados en el vapor *Parand*.

VINO AROUD

CARNE-QUINA

el mas reconstituyente soberano en los casos de: **Enfermedades del Estómago y de los Intestinos, Convalecencias, Continuación de Partos, Movimientos febriles é Influenza.**

Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

AVISO Á LAS SENORAS

EL APIOL DE LOS RES

JORET HOMOLLE

CURA

LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉQUIN — PARIS

165, Rue St-Honoré, 165

TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE LOS VERDADEROS Y EFICACES PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA COLORES PÁLIDOS EMPOBRECIMIENTO de la SANGRE Escrófulas, etc.

PILULES de BLANCARD

EXIGIR LA SIGNATURE

APROBADAS por la Academia de MEDICINA

al IODURO de HIERRO INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

Depósito: BLANCARD & C^{ia}, 40, R. Bonaparte, Paris.

ROB

BOYVEAU - LAFFECTEUR

Célebre Depurativo Vegetal cura las

ENFERMEDADES DE LA PIEL

Vicios de la Sangre, Herpés, Acne. EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO

H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris. Todas Farmacias.

Las Personas que conocen las

PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Seine.